

El valor de tus sueños

Ricardez Pérez, Leticia

2017-05-12

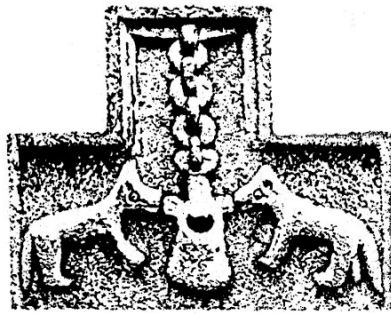
<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3376>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Universidad Iberoamericana Puebla

Departamento de Humanidades

Licenciatura en Literatura y Filosofía



LA VERDAD NOS HARA LIBRES

UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
P U E B L A

**¿Tiempo o duración?: una lectura bergsoniana de
Los recuerdos del porvenir, de Elena Garro**

Sara Paola Mateos Gutiérrez

Área de Síntesis y Evaluación en Ciencias Sociales y Humanidades III

Mayo 2017

Índice

Introducción	3
Capítulo I: Sobre el concepto de duración en Bergson	6
La intuición y el análisis	7
Intuición de la duración	8
El tiempo espacializado y la movilidad.....	11
Intensidad y multiplicidad	14
Libertad.....	17
Capítulo II:	
<i>Los recuerdos del porvenir</i> o del tiempo a deshoras.....	19
Dos tiempos, muchas duraciones	23
Ixtepec	24
Martín Moncada	31
Isabel Moncada.....	34
Julia Andrade.....	36
Francisco Rosas	38
Nicolás Moncada.....	40
Recuento de personajes	41
Capítulo III:	
¿Tiempo histórico o duración pura? Otra aproximación a la historia	43
Primera parte: Revolución Mexicana	44
Segunda parte: Guerra Cristera	45
Conclusión.....	49
Referencias	51

Introducción

Uno de los primeros problemas que el hombre debió plantearse fue el del tiempo. La experiencia de la realidad se mostraba repetitiva y uniforme con la sucesión entre el día y la noche, entre la luz solar que implicaba uno y la lunar del otro; entonces se dio cuenta que podía computarlo. No es exagerado decir que, gracias a ello, floreció el desarrollo de la agricultura, asegurando así la sobrevivencia. La observación de los movimientos de rotación y traslación de la Tierra permitieron descubrir ciclos que poco a poco posibilitaron la organización de las diligencias agrícolas, tales como la siembra y la cosecha. Eventualmente, estos ciclos dieron lugar a formas más complejas de medición, como los calendarios. Ahora ya no sólo se marcaban las diferentes estaciones del año en una agrupación indistinta, sino las actividades importantes de la vida civil y religiosa de cada cultura, como las fechas del sacrificio, del tiempo de la abstinencia, de los rituales, de la celebración, del recogimiento.

Posteriormente, el calendario gregoriano fue adoptado por el mundo occidental debido a la expansión del cristianismo, consolidándose así la homogeneización del transcurrir, aunque cada mes estaría marcado por el sello inconfundible de las festividades. Más adelante, la ampliación de tal regimiento por parte del calendario se extendió a otros ámbitos de la existencia. Sin ir más lejos, hoy en día, por ejemplo, notamos que la vida política de una ciudad implica periodos definidos de gobierno, realización de campañas o elecciones, así como la celebración de sucesos relevantes en días específicos como la promulgación de la Constitución el 5 de febrero. La vida escolar también se ajusta a él para establecer los periodos de clases, vacaciones, evaluación de docentes y alumnos, o pagos, incidiendo inclusive en el diseño temático de los planes de estudio (anual, semestral). La laboral, por su parte, se apoya en él para precisar las fechas de pago, los días festivos, de descanso, incapacidades, etcétera.

Ya sea que despreciemos al tiempo, por creer que comporta una degradación y corrupción que, en nuestro caso, lleva a la muerte o, más bien, lo veamos como la condición de posibilidad que nos permite realizar cosas en el mundo, lo cierto es que no podemos sustraernos a él. Existimos en la medida en que somos temporales. Si no transcurriéramos, seríamos una mera repetición, idéntica a sí misma, si tal cosa puede concebirse.

La cuestión del tiempo puede ser abordada desde diferentes disciplinas, ya sea que se parta de la materia o el espíritu. Dicho punto influirá, en gran medida, en su naturaleza y notas características, pues los fines a que tenderán serán distintos. Como el conocimiento se basa en lo fijo, en la capacidad de un fenómeno o hechos para repetirse, dadas unas ciertas condiciones, el tiempo podrá ser visto como el medio homogéneo que permite calcular la aparición y efectos de tales fenómenos. Pero lo cierto es que el tiempo asignado a la materia inerte no es el mismo que descubrimos en nosotros. Basta referir el ejemplo del duelo o enamoramiento. La psicología dicta parámetros más o menos estables de cuánto tiempo pasa una persona por diferentes fases que van del sufrimiento profundo por la pérdida de un ser querido a su aceptación y eventual superación; o define los meses aproximados en los que nos “perdemos” por el amado, antes de vislumbrar su complejidad. No obstante, no existe siempre una concordancia con la realidad. La cantidad de días objetivos no puede determinar un estado, a menos que en todos ellos se hiciera y pensara exactamente lo mismo. Desde tal perspectiva rechazadora del encarcelamiento temporal, este trabajo pretende abordarlo desde un doble frente: filosófico, por un lado, recurriendo al concepto bergsoniano de la duración de la conciencia; literario, por otro, al retomar la novela *Los recuerdos del porvenir* como la ejemplificación concreta de tal concepto. La unidad de ambas perspectivas viene dada por la dificultad de traducir esta experiencia a la lengua cotidiana. Por eso las metáforas, comparaciones, ejemplos anecdóticos e incluso novelas pueden dar cuenta de esos matices y detalles.

En su *Introducción a la Metafísica*, Henri Bergson explica que “Pensar consiste ordinariamente en ir de los conceptos a las cosas y no de las cosas a los conceptos” (IM 47), lo cual resulta útil para las exigencias prácticas de la realidad, donde es necesario saber a qué atenerse. Sin embargo, la filosofía, en tanto pretende un conocimiento desinteresado y completo de las cosas, requiere una “inversión habitual del trabajo de la inteligencia”. Para los fines que aquí nos ocupan, cabe reflexionar si los párrafos siguientes son válidos, en tanto suponen una teorización del concepto de la “duración”, una fijación estrecha en palabras y ejemplos estáticos que quizá sólo alcancen a bosquejar su silueta difuminada y petrifiquen su movimiento, cuando lo que debiera hacerse es rechazar los conceptos habituales y empolvados, re-inventar las explicaciones mediante “representaciones flexibles, móviles, casi fluidas, siempre prontas a moldearse sobre las huidizas formas de la intuición” (IM 30).

Sin dejar de negar este peligro latente, la apuesta es una descripción que no pretenda llegar a la esencia, sino a lo existente, en su singularidad manifiesta, intentando, posteriormente,

superar o aventajar el concepto al realizar la interpretación del tiempo de una novela concreta, trayendo la filosofía “al terreno de los hechos”, como gustaba de hacerlo el filósofo francés. No se intentará encerrar la obra en un talego rígido que solidifique sus posibilidades, sino entenderla a partir de la misma intuición simple de la duración, aunque se revista de gestos, estados y expresiones impares, a su manera. La razón por la que forma y contenido no se corresponden, sino que se sigue un esquema con una parte conceptual-teórica y otra de crítica literaria obedece más bien a motivos de exposición, aunque se espera que con la puesta en escena literaria de un “motivo” filosófico nos deslicemos en la corriente sinuosa, actuante y moviente de la filosofía bergsoniana. En una palabra, si analizamos la duración es solo para instalarnos mejor en ella.

Capítulo I: Sobre el concepto de duración en Bergson

El pensamiento francés, durante la segunda mitad del siglo XIX, estuvo fuertemente influido por dos corrientes: por un lado, el positivismo comteano—que convergía con el empirismo (de Stuart Mill, por ejemplo), el mecanicismo y el evolucionismo—, cuyo entendimiento de la realidad, a grandes rasgos, se basaba en el determinismo de leyes que dieron lugar a un científicismo extendido y pretendidamente organizador de todos los ámbitos de la existencia. Por el otro, un incipiente espiritualismo que, bajo el influjo de las obras de Maine de Biran, apostaba por la observación interior, buscando ir más allá de lo materialmente dado (Barlow 24-27). En un principio, con fuertes convicciones científicas, Bergson se inclinó por la primera línea, especialmente por el matematismo y el evolucionismo de Spencer, donde encontraba una precisión y rigurosidad que otras ciencias, como la psicología, no poseían. Sin embargo, en el Liceo Blaise Pascal de Clermont-Ferrand, donde daba clases (1883–88), releyó los *Premiers Principes* de Spencer y descubrió un problema antes desapercibido por él, el del tiempo, que después retomaría en su tesis doctoral *Essai sur les données immédiates de la conscience* (1889) y se convertiría en el trasfondo central de sus obras posteriores, donde desarrollaría variaciones y arreglos del tema, según explica en las *Conversaciones con Jacques Chevalier*:

[...] al llegar a la idea de tiempo experimenté el sentimiento muy claro de la insuficiencia de la filosofía spenceriana: ahí se me apareció el punto débil del sistema. Me di cuenta que lo que él llamaba “evolución” no era evolución, sino simplemente fragmentos de lo evolucionado; todavía más precisamente, reconocí que la noción de tiempo, tal como la concibe esta filosofía mecanicista, es una noción deformada, contaminada y como materializada al contacto del espacio, y que es impotente para representar el movimiento verdadero, tal como nos lo revela el sentido común, y la duración real, tal como la experimentamos dentro de nosotros por la conciencia. (Bergson, cit. por Barlow 35)

En lo sucesivo, lo que Bergson buscará es un trastrocamiento no tanto del pensamiento como de su proceder habitual. Él mismo creía que su filosofía nació como una “protesta” y, siendo así, también implica un llamado de atención para detenernos en medio de la vida práctica e interrogarnos por qué pensamos lo que pensamos como lo pensamos; sólo así podrán advertirse las distorsiones, confusiones y esperpentos generados tras situar a la conciencia reflexiva en un recorrido acomodaticio, derivado de la propensión contraída de pensar a partir de la noción de espacio, la discontinuidad, la traducción en imágenes, las palabras

cristalizadas y expresivas, por encima de las sugerentes: “Se trata de desembarazarse de ciertos caminos trillados del pensamiento, incrustados por la costumbre, para reconquistar nuestro yo auténtico” (Barlow 37). Para que la conciencia “vuelva a ser ella misma” (EDI 71), no se puede sino desenraizar la costumbre y acudir a la experiencia tal como se devela, antes de tamizarla con representaciones y filtros simbólicos.

La intuición y el análisis

El conocimiento científico, según Bergson, trabaja con dos elementos principales: el tiempo espacializado y el espacio. Mediante la descripción, comparación y, sobre todo, el análisis situado en la inmovilidad, divide las cosas en objetos conocidos, suprimiendo lo que tienen de singular para devolver cosas impersonales, generales. Sin embargo, procediendo por rodeo, yuxtaposición de puntos de vista y símbolos que fragmentan y fijan, jamás obtiene una visión completa: es como querer encontrar el sentido de un poema en la forma de las letras o captar el movimiento mediante la suma de puntos inmóviles en el espacio, estabilizando lo inestable e integrando lo disperso. Esto no significa que se soslaye al conocimiento científico, sino que más bien se considera útil a los fines prácticos de la cotidianidad, necesario para la manipulación de la materia inerte, mas no por ello admisible en todos los ámbitos de la existencia.

Por otra parte, el conocimiento metafísico, correspondiente al estudio del espíritu que renuncia a los fines prácticos se alcanza mediante la intuición para entrar en la cosa misma, adquiriendo así un conocimiento absoluto, “dado de una sola vez en su integridad”. Mediante una coincidencia total, trasciende las representaciones simbólicas, traducciones siempre parceladas y propensas a multiplicarse indefinidamente, para así ostentar el original y ser perfecto:

Un absoluto no podrá ser dado sino en una intuición, mientras que todo lo demás depende del análisis. Llamamos intuición a la *simpatía* por la cual nos transportamos al interior de un objeto para coincidir con lo que tiene de único y por consiguiente de inexpresable. (IM16)

La intuición es, ante todo, un acto simple que se mueve en el campo de la movilidad, capaz de adoptar la vida de las cosas para conocer profundamente su unicidad; en otras palabras, se trata de “la investigación metafísica del objeto en lo que tiene de esencial y de propio” (IM27). Como puede verse, la diferencia entre ciencia y metafísica no es de valor, sino de objeto de estudio y, por tanto, de método (MV 38).

Por último, hay que resaltar que es posible proceder de la intuición al análisis, pero no al revés. Podemos, una vez que se ha visitado París, descomponerlo en elementos (calles, notas, fotografías) que al unirlos a nuestros recuerdos e impresiones nos den una imagen vívida, mas no podremos decir que lo conocemos con todos los retratos, postales y croquis que coleccionemos, si es que no lo hemos presenciado en su conjunto (*IM* 35-36). Del mismo modo, el novelista puede acercarnos a la duración de un personaje mediante la descripción de sus vivencias y afectos, mas su comprensión se verá imposibilitada si antes no hemos sentido la nuestra.

Intuición de la duración

La intuición más clara puesto que todos, como humanos, podemos experimentar es "la aprehensión de nuestra propia persona en su fluencia a través del tiempo" (*IM*18), es decir, la captación de la duración constitutiva de nuestro ser.

Si aprehendemos el tiempo internamente, la conciencia se repliega sobre sí misma y, tras abrir camino a través de las percepciones externas y los recuerdos con los que éstas se ligan, halla "una sucesión de estados en que cada uno anuncia lo que sigue y contiene lo que precede" (*IM*20), ya sean sensaciones, sentimientos, voliciones o representaciones. Sin duda aquí pueden notarse reminiscencias de la dialéctica hegeliana, aunque Bergson se deslinda de ella en tanto la configuración de esa síntesis nunca vendrá *determinada* por la tesis y antítesis. Hay tensión, encuentro y superación, es cierto, pero el devenir mismo impide su predicción forzosa.

Bajo la trampa del tiempo científico, homogéneo y carente de cambios cualitativos, los estados psicológicos suelen percibirse como inalterables y aislados, diferenciándose uno después de otro, cuando en realidad se transforman profundamente al penetrarse, organizarse e irse prolongando entre sí. Tomada con cuidado, la imagen de un cordón desenrollándose "sugiere" la duración de la conciencia: en el despliegue, el pasado coexiste en el presente, lo va conteniendo y anunciando en cierta forma, como un "índice de la reacción por venir" (*EDI* 35), así que resulta difícil señalar el principio o final de cada uno: "Nuestro pasado nos sigue, se engruesa sin cesar con el presente que recoge en el camino; y conciencia significa memoria" (*IM*21). Los estados no se van yuxtaponiendo o encimando uno tras otro, como sucede en el hilo que no reconoce diferencias entre un tramo y otro, sino que se alteran sutilmente, se tiñen entre sí, coloreándose con numerosas tonalidades—si bien es cierto que la duración excluye toda idea de extensión—.

La supervivencia del pasado implica que no puede haber dos instantes ni estados iguales en la vida de un individuo; para ello sería necesario que habitara en la simultaneidad, que fuera inconsciente, no pudiera adquirir experiencia y estuviera confinado a la limitación de sus sentidos: “Una conciencia que tuviera dos momentos idénticos sería una conciencia sin memoria. Perecería y renacería, pues, sin cesar” (IM21). Aun cuando el objeto exterior al que se remita un sentimiento sea “el mismo” (lo cual, evidentemente, se complica cuando se trata de otra persona), se vive diferente de momento a momento, y más aún de conciencia a conciencia:

La duración interior es la vida continua de una memoria que prolonga el pasado en el presente, sea que el presente contenga distintamente la imagen siempre creciente del pasado, sea, más bien, que, por su cambio continuo de cualidad, atestigüe la carga cada vez más pesada que uno arrastra tras sí a medida que envejece.(IM51)

Una forma de comprender nuestra duración es contrastarla con el paso del tiempo en las cosas físicas. Si bien sufren deterioros ambientales, son un continuo presente, una pura repetición. En las conciencias, en cambio, existe una relación de solidarización entre el pasado y el presente, que, no obstante, no conlleva determinación, como quisiera creerlo el asociacionismo. A semejanza de la danza de una bailarina, sus pasos muestran continuidad debido a la gracia de sus movimientos; uno va “anunciando” al otro (EDI 21) no al modo de una pre-concepción que lo obligara a ser, sino como el dinamismo de una llama de fuego sugiere, por ejemplo, la dirección hacia la cual se alzarán el humo, aunque no sepamos con certeza su espesor ni las figuras evanescentes que dibujará en su jugueteo, y que se irán fundiendo entre sí.

La duración es *unidad* en tanto movimiento que avanza –imaginemos el rollo desenvolviéndose–, a la vez que *multiplicidad* de estados –ahora veamos el cordón coloreado con un espectro de mil matices–. En lógica, ligar ambos conceptos como notas de la vida interior es contradictorio. No podemos unirlos satisfactoriamente en una imagen o metáfora porque, aun permaneciendo en lo concreto, no nos darían un reflejo fiel de la riqueza de colores y movimientos, ni del carácter de desarrollo y re-hacer continuo, sino que nos entregarían una cosa ya realizada. Menos aún queda representarla mediante un concepto, cuya función es agrupar lo que varios objetos tienen de común, de impreciso, omitiendo lo que es inigualable; cosa imposible de aplicar a la duración sin sacrificar uno de sus aspectos. Además, según sea el acento en el que se recaiga con mayor importancia, se concebirá de una u otra forma esta “unidad múltiple” de la vida interior que implica: “variedad de cualidades,

continuidad de progreso, unidad de dirección” (IM24), y es “moviente, cambiante, coloreada, viva” (IM 31). La única manera de acceder a ella es que la conciencia la intuya. Todos los ejemplos e imágenes aducidos, no harán sino “apuntar”, “anunciar” o “evocar” aquello que sólo puede experimentarse directamente por cuenta propia, pero que de ningún modo puede ser reintegrable por partes o sustituible por sus representaciones, pues no hay dos duraciones iguales. Como un escritor que a través de las peripecias de su personaje, del recuento de sus infortunios, sus esperanzas, pasiones y conquistas logra provocarnos una simpatía con él, sin imponer el afecto diciendo lo que debemos sentir cuando se nos narra cierto episodio, o cómo deberíamos juzgarlo, así también el filósofo, como en una excursión, señalará las huellas encontradas al paso; la recuperación del momento en que el animal –no sabemos cuál– pasó y la dejó, correrá a cargo del explorador.

Las notas básicas de la duración –diferenciadas por su estudio, aun con riesgo de caer en la “recomposición artificial” que el mismo Bergson denunciaba– son la unidad y la multiplicidad. Si nos ponemos, en principio, del lado de esta última, obtendremos un conjunto de estados sólo identificables como distintos entre sí cuando la duración se cosifica y se recurre a su recuerdo inmóvil. Si, en cambio, partimos de la unidad, excluiríamos el tiempo, pues en cuanto algo cambia se pasa a su ámbito contrario. De un lado encontramos la simultaneidad, la renovación interminable del mundo, y, del otro, una eternidad abstracta. La intuición, sin embargo, permite deambular por ambos opuestos, sin necesidad de optar por uno. La multiplicidad puede ser entendida como un derramamiento de estados unos sobre otros (o coloración), y su unidad como la continuidad de aquel desbordamiento, que es uno. En ese sentido, cabría preguntarse: ¿por qué es insuficiente, o aún más, inadecuado el tiempo medible en unidades homogéneas para dar cuenta de la vida interior? Justamente porque esa vida psíquica es heterogénea, múltiple y porque cada estado “es un perpetuo devenir” (IM52). Lo que permite el tiempo mensurable es comparar duraciones específicas, mas, ¿el mismo periodo significa lo mismo cuando se vive libre que cuando se está preso, por ejemplo?¹

¹ Mersault, el personaje de *El extranjero*, lo ilustra muy bien cuando explica, después de cinco meses de encierro:

“Así pasó el tiempo, con las horas de sueño, los recuerdos, la lectura del hecho policial y la alteración de la luz y de la sombra. Había leído que en la cárcel se concluía por perder la noción del tiempo. Pero no tenía mucho sentido para mí. No había comprendido hasta qué punto los días podían ser a la vez largos y cortos. Largos para vivirlos sin duda, pero tan distendidos que concluían por desbordar unos sobre los otros. Perdían el nombre. Las palabras ayer y mañana eran las únicas que conservaban un sentido para mí.

Cuando un día el guardián me dijo que estaba allí desde hacía cinco meses, le creí, pero no le comprendí. Para mí era el mismo día que se desarrollaba sin cesar en la celda y la misma tarea que proseguía” (Camus 102-103)

Como la intuición de la duración supone un conocimiento del yo por el yo mismo, es necesario reparar en la labor de la psicología, que lo aborda. Bergson se percatará que, hasta ese momento, el *yo* había sido descompuesto en “hechos psicológicos”: sensaciones, sentimientos, emociones y representaciones aisladas, lo cual permitió, sin duda, el avance de la ciencia psicológica, pero conllevó el olvido de la persona como tal, que se homologó a un patrón abstracto y se simplificó en fragmentos de inclinaciones, actitudes o aspectos de la personalidad. Los hechos obtenidos sólo falazmente se erigieron independientes –como si el recuerdo de la historia adicionado al momento presente no influyese– y los esquemas, por más intrincados que eran, no apresaron su unidad moviente, tan sólo fueron “sombras”, “croquis” de lo real. El yo, entonces, se ha limitado a ser un vocablo vacío e inmóvil, huidizo en medio de los recovecos que dejan sus anotaciones esquemáticas. En ese sentido, la labor del filósofo es recobrarlo. Para comenzar, puede distinguir dos duraciones: una en la que se cuele la idea de espacio y la otra pura, que es “la forma que toma la sucesión de nuestros estados de conciencia cuando nuestro yo se deja vivir, cuando se abstiene de establecer una separación entre el estado presente y los estados anteriores (*EDI 77*). El error al diferenciar los hechos psicológicos es alinearlos como si de una línea continua o de una cadena se tratara, donde cada eslabón ocupa ese puesto de acuerdo a un orden. Si esto puede hacerse, es porque proyectamos el tiempo en el espacio, asimilándolo y creyendo, al final, que el de las fórmulas del mecánico es el único real.

El tiempo espacializado y la movilidad

El tiempo “objetivo”, aquel que emplean los científicos como condición de sus mediciones y cálculos se trata antes que nada de una representación espacial, pues lo que se computa es el movimiento en el espacio. La paradoja, sin embargo, es que, al concebirlo en esos términos, al movimiento se le despoja de su movilidad, en tanto se le intenta constituir a partir de la suma de multitud de paradas y estaciones que se pueden extender al infinito. Y así como es una contradicción pretender restaurar la movilidad con la inmovilidad, obteniendo nada más que simultaneidades, lo es también entender el tiempo en un sentido “bastardo”, que, invadido gradualmente por la idea de espacio permite la diferenciación posicional de los estados de la conciencia, como si de puntos espaciales se tratara:

[...] cuando hablamos del tiempo, pensamos casi siempre en un medio homogéneo en que nuestros estados de conciencia se alinean, se yuxtaponen como en el espacio y consiguen formar una multiplicidad distinta. El tiempo así comprendido ¿no será a la multiplicidad de nuestros estados psíquicos lo que la intensidad es a algunos de entre

ellos: un signo, un símbolo absolutamente distinto de la verdadera duración? (*EDI* 70-71)

El tiempo es medible, dirán algunos, y recurrirán al reloj como el instrumento ejecutante de tal operación. No obstante, dicho artefacto en realidad señala puras simultaneidades, siempre es el único y mismo repiqueteo del segundero, a menos que una conciencia lo perciba. Porque duramos es que podemos recordar los tic-tac precedentes, yuxtaponerlos y después sintetizarlos en el caso de ser necesario. Como puede verse, estos dos tiempos no están desligados entre sí, sino que hay una especie de intercambio (parecido al fenómeno de endósmosis, según Bergson) cuando los momentos del estado psicológico se unen a un momento exterior. En ese sentido, la simultaneidad será el quiasmo que une tiempo y espacio. (*EDI* 83)

La discordancia entre ambas nociones consiste en que el tiempo, al igual que el espacio, es percibido como un “medio vacío homogéneo” (*EDI* 73), que contrasta con la heterogeneidad experimentada por la conciencia. Por una trampa de la mente y la forma habitual de relacionarse con el mundo se percibe esta cualidad pura como homogeneidad extensa, en la que los estados son exteriores entre sí y la duración es espacial: “[...]el tiempo, concebido en la forma de un medio indefinido y homogéneo, no es sino el fantasma del espacio que obsesiona a la conciencia reflexiva” (*EDI* 76). En resumidas cuentas, al intentar equiparar las características de los hechos psíquicos con las de los objetos físicos se ha caído en el error de espacializar aquello que sólo es temporalizable.

Desde luego, no se trata de anular al espacio, pues, como ya lo señalara Kant, no es una abstracción, sino una realidad autónoma que nos permite, entre otras cosas, distinguir, contar, abstraer y, sobre todo, hablar, además de amoldarse a los requerimientos de la vida social (*EDI* 75). Lo que se procura es no asimilar el tiempo a su idea, volviéndolo también un medio homogéneo, vacío, sin cualidad, ya no por la coexistencia sino por la sucesión de estados exteriores. Considerando que el fondo de la experiencia es heterogéneo, no se pueden predecir espacios recorridos o posiciones a las que se llegará, como sí ocurre en las ecuaciones de los cálculos de la mecánica. Lo que sucede es que ahí manejan cosas ya hechas y estabilizadas, no cosas que transcurren:

Pero es de la esencia misma de la duración y del movimiento, tal y como aparecen a nuestra conciencia, el hallarse incesantemente en vías de formación, por eso el álgebra podrá traducir los resultados adquiridos en un cierto momento de la duración y las

posiciones tomadas por un cierto móvil en el espacio, mas no la duración y el movimiento mismos. (*EDI 88*)

Del lado del cambio, Bergson, no obstante, afirmará la realidad de la substancia. Ello no sólo lo distanciará de Heráclito, según él mismo afirma (*IM 69*), sino que gracias a esta permanencia precaria adquiere relevancia la intuición como método, que, dicho de paso, no se da de una vez y para siempre. Un esfuerzo renovado impedirá sucumbir a la tentación de la fijación, y tomando como ejemplo rector la intuición de la propia duración que se da a sí misma en forma inmediata antes de que intervengan las representaciones simbólicas, puede extenderse a otros ámbitos:

Esta realidad es movilidad. No existen cosas hechas, sino sólo cosas que se hacen; ni estados que se mantienen, sino sólo estados que cambian. El reposo siempre es aparente, o más bien relativo. La conciencia que tenemos de nuestra propia persona, en su continua fluencia, nos introduce en el interior de una realidad sobre cuyo modelo debemos representarnos las demás (*IM69*).

Como en general nos acercamos esporádicamente al examen de nuestra existencia psicológica, solemos tomar por constantes a los estados, duren lo que duren. Evidentemente, dicha actitud encierra una contradicción: si permanecen idénticos a sí mismos, ¿por qué, entonces, confluyen en otros? Más bien se modifican sin cesar, inclusive en la percepción de un objeto inmóvil. He aquí que dicho objeto permanece en reposo, inmutable e indiferente, mientras nosotros persistimos en el mismo lugar de observación, pero inclusive ahí la percepción “envejece” (*MV 8*), cargando el peso de los momentos anteriores, como si fueran naranjos que se fueran añadiendo al costal que llevamos al hombro. Con frecuencia, esos cambios sólo se notan cuando son tan radicales como para virar la dirección, aunque habría que precisar que la variación no ocurre en el paso de un estado a otro, sino en el interior del mismo; por eso resulta engañoso hablar de ellos como si de bloques se tratara.

Los imprevistos, por su parte ¿qué lugar ocupan en esa corriente? Bergson los asemeja a los golpes de címbalo que, de vez en cuando, resuenan en una sinfonía (*MV 9*). Las percusiones llegan inesperadamente y el espectador apenas puede recobrase de su sorpresa cuando se han ido ya, pareciendo que se trató de una mera cuestión instantánea, cuyo desvanecimiento súbito corta todo nexo con lo precedente y posterior. En realidad, también ellos son llevados en el torrente, conmoviendo el estado que les sirve de fondo, como la sinfonía misma cambia de ritmo y aspecto.

Con todo, uno podría interrogarse sobre la realidad del movimiento partiendo de las aporías de Zenón de Elea. Para Bergson, cuando se habla de posiciones en instantes detenidos es porque la inmovilidad se ha instalado en su lugar (*MV* 19). Dichas encrucijadas sólo se superan en la medida en que se comprende que el movimiento es incomponible, tal y como lo muestra el trazo de un pintor. Si se quisiera fragmentar su gesto se obtendrían puntos sucesivos, pero no la delineación como tal, esbozada en un solo trayecto.

Intensidad y multiplicidad

La confusión primordial por la que se abordan los estados de la conciencia (sensaciones, sentimientos, pasiones, esfuerzos) como cosas es la neblina existente entre cualidad y cantidad. Comúnmente, se les asigna una intensidad, lo que significa que pueden crecer o disminuir. No obstante, este hecho encierra una contradicción fundamental: ¿cómo asignarle una cantidad, de más o de menos, a lo que es inextenso y puramente interno? Asimismo, al proporcionarle magnitud a una intensidad nos enfrentamos al mismo caso de una serie numérica: así como se dice que un número es mayor que otro en la medida en que “lo contiene” y sobrepasa, así también se seguiría que una intensidad mayor albergaría a una menor en su seno; mas, para llegar a tal intensidad ¿se tendría que pasar sucesivamente por otras más leves? Para resolver la cuestión, una posible respuesta es distinguir entre cantidad extensiva y otra intensiva, pero esto solo implica un rodeo, según piensa Bergson, pues en ambos casos al hablar de “mayor” o “menor” la relación entre continente y contenido, propia de lo extenso y mensurable, sigue presente y trasladando lo intensivo en extensivo. (*EDI* 15-16)

¿Y si la intensidad de un estado se determinara por la medición de las causas objetivas que la provocan? Si bien en algunos casos es posible, existen estados profundos cuya causa no se remite a factores externos. En vano se intentará explicar la intensidad por los cambios observados en la masa cerebral, pues de lo que se tiene noticia es de, justamente, esa intensidad, no del trabajo efectuado por el órgano. También es cierto que a través del cuerpo se percibe el esfuerzo muscular implicado en determinados estados psíquicos, pero sucede que no siempre ocurre el movimiento, aun cuando el esfuerzo necesario para producirlo se presente (es el caso de los paralíticos) o se confunda la localización de las partes corporales que entran en juego.

La intensidad de un sentimiento no es la misma que la de una sensación. Esta última se acompaña de efectos visibles y reacciones en el organismo, además de que su relación con la

magnitud de su causa es cercana. Los estados profundos, en cambio, pueden pasar desapercibidos para otra conciencia que no los experimente ni deje traslucir en síntomas. En estos casos, la intensidad pura depende de que los estados psíquicos se vayan entintando, de que la vida interior se irise, repartiéndose entre los matices del arcoíris:

Por ejemplo, un oscuro deseo se ha convertido poco a poco en una pasión profunda. Veréis que la débil intensidad de ese deseo consistía primero en que os parecía aislado y como extraño a todo el resto de vuestra vida interior. Pero poco a poco ha penetrado en un mayor número de elementos psíquicos, tiñéndolos, por así decirlo, de su propio color; y he aquí que vuestro punto de vista sobre el conjunto de las cosas os parece ahora que ha cambiado. (*EDI 19*)

El estado no pasa por magnitudes sucesivas, sino por un progreso de cualidad, de naturaleza. Así como en el paisaje de una tormenta encontramos la mancha de una nube que sobresale de las demás, sabemos que el desbordamiento de agua será absorbido por el resto del cielo, y que si se volviera a pintar ese paisaje una vez que la lluvia ha cesado, habrá otro cielo, en el que a su vez operarán otros cambios continuos, perceptibles o no, como el desplazamiento de nubes, el cambio en la dirección del viento, en su soplo, en su silbido, en la fecundación de los campos de siembra. Inclusive cuando los elementos dibujados en el cuadro se conservaran, y el hombre continuara resguardándose en la cueva que encontró a su paso, ninguna rama del sauce llorón se haya desprendido, ni ninguna piedra se haya partido, no sería ya el mismo paisaje, el haz de gotas lluviosas lo habrá modificado cualitativamente.

La percepción de la intensidad por parte de la conciencia se explica considerando el número de músculos “comprometidos” en el estado, y su alcance depende de cuánta superficie corporal se involucre. Sin embargo, la conciencia fija ese esfuerzo creciente en un solo punto que se extiende, y no en la afluencia de varios. Con todo, la intensidad no puede dejar de recurrir a las sensaciones orgánicas, sin ellas se quedaría como “vacía”, no permanecería más que su idea. Los sentimientos o esfuerzos, por ser estados complejos, vuelven más difícil la asignación de una intensidad al no depender completamente de su causa exterior: “la intensidad de esos sentimientos consiste siempre en la multiplicidad de los estados simples que la conciencia distingue en ellos confusamente”. (*EDI 33-34*)

En síntesis, aquello que llamamos cambio de intensidad corresponde más bien a cambio de estado, en tanto que la profundidad se refiere al número de hechos psicológicos simples que intervienen en él. No se niega el aspecto fisiológico de los estados del alma, sino que se

cuidad no reducirlos a él—como pretenden los psicofísicos comparando, por ejemplo, dos sensaciones como magnitudes superponibles—. Si no fuera así, seríamos autómatas que ante estímulos específicos reaccionarían preestablecidamente; se igualarían estados diferentes acompañados de las mismas contracciones musculares, o se podrían sumar para obtener como resultado una emoción. Los movimientos forman parte del estado mismo, no es que lo expresen como si primero se diera la idea y después su propagación en el organismo, pero en cuanto se desciende por la conciencia, los movimientos exteriores ceden a los internos.

La multiplicidad, por su parte, puede ser entendida como una riqueza gradual e irradiante. Para ilustrarlo, Bergson propone pensar en una sensación afectiva como el dolor. Al ser más fuerte no se asemeja a la nota de un instrumento que se vuelve más sonora, más potente, sino a una composición singular en la que se van añadiendo las voces de más instrumentos:

Pero la mayoría de las emociones están preñadas de mil sensaciones, sentimientos o ideas que la penetran: cada una de ellas es, pues, un estado único en su género, indefinible, y parece que sería preciso revivir la vida del que la experimenta para abarcarla en su compleja originalidad. (*EDI*25)

A través del estudio del número, en el que se descubre que su formación se realiza “como la síntesis de lo uno y de lo múltiple” (*EDI* 61), gracias a la yuxtaposición de unidades idénticas y, no obstante, aisladas, se llega a concluir que existen dos tipos de multiplicidades, cada una de carácter distinto. La correspondiente a la cantidad y, por extensión, a los objetos materiales, se efectúa en el espacio mediante imágenes extensas y conlleva la impenetrabilidad como una propiedad del número, más que cualidad de la materia. Si cada unidad idéntica no ocupara un lugar diferente en el espacio ideal, nunca se podrían efectuar sumas, pues no se tendría más que la representación permanente de una sola. Aunque parezca que la adición se realiza sólo en el campo de la duración se le localiza implícitamente en un lugar esperando que, cada vez, la unidad se añada a la sucesión. La multiplicidad de los estados de la conciencia en un primer término podría parecerse a la del número, que al mismo tiempo presenta unidad tanto en la intuición que la capta indivisible como en los elementos que la componen. No obstante, los estados afectivos de la conciencia no sólo tienen una unidad definitiva y no provisional como la de los números, susceptible de dividirse en fracciones más pequeñas, sino que no pueden contarse como las cosas, a la manera como se sube una escalera por peldaños que ocupan lugares distintos y poseen intervalos vacíos entre ellos para identificarlos: “[...] en el alma humana no hay sino progresos” (*EDI* 96). Por más “próximos” que estén, se trata de una sucesión sin demarcaciones precisas, en la que no caben

vocablos como “antes” y después” (*MV 21*)—a menos que se les traduzca mediante símbolos. Sus elementos se van entretejiendo y fusionando como en la composición de una sinfonía polifónica, consiguiendo que no se distingan nítida, tajantemente:

En resumen, la pura duración bien podría no ser sino una sucesión de cambios cualitativos que se funden, que se penetran, sin contornos precisos, sin tendencia alguna a exteriorizarse unos con relación a otros, sin parentesco alguno con el número: sería la heterogeneidad pura. (*EDI79*)

Tal como los seres vivos, los estados cuentan con su propia animación, ritmo y color. Su confusa multiplicidad sólo es distinguida cuando se le analiza.

Libertad

Al hablar de la organización de los estados de la conciencia se puede elegir entre dos explicaciones. Si se parte del mecanicismo, donde la ley resulta ser la realidad fundamental, estarán regidos por leyes que permiten anticiparlos y calcularlos. Por otro lado, en el dinamismo se tendrán hechos, y la espontaneidad tendrá cabida. Al adoptar la primera concepción se niega la libertad humana bajo el supuesto de que estos estados condicionarían nuestros actos, o inclusive, que la materia misma que nos constituye excluye la idea. Ya sea un determinismo psicológico o uno físico, —aunque para Bergson este último se reducirá a aquél, en tanto implica planteamientos psicológicos—. (*EDI 103-104*) todo fenómeno se reducirá al efecto que el movimiento de partículas tiene sobre la materia. Los estados de conciencia también se moverán bajo esta lógica, sólo que aquí más bien se tratará de un “choque” o encuentro entre la materia de fuera y la de nuestra masa cerebral:

Y el matemático que conociera la posición de las moléculas o átomos de un organismo humano en un momento dado, así como la posición y el movimiento de todos los átomos del universo capaces de influenciarla, calcularía con una precisión infalible las acciones pasadas, presentes y futuras de la persona [...]. (*EDI 106*)

Como puede verse, en tal descripción subyace la ampliación del principio de conservación de la energía a ley universal. Empero, la permanencia de la misma cantidad de cosas dadas al inicio y al final de las modificaciones no postula la naturaleza de dichos cambios. Además, en la conciencia no hay tal fatalidad, tal determinación de unos estados por otros debido a las fuerzas que se atraen o rechazan. La correspondencia entre un estado cerebral, esto es, la posición, velocidad, conexiones de sus átomos y un estado psicológico es inexacta. Hay, es cierto, sensaciones que dependen de factores que escapan a nuestra voluntad de percepción,

como el sonido, color, etc. y que permiten atribuir erróneamente, por ejemplo, el sonido de un trino a tal o cual pájaro, mas no decidir no escucharlo en cuanto se presenta a los sentidos. O, en el caso del daltónico, confundir los colores por un defecto de la vista, pero distinguir los que sí pueden percibirse cada vez que comparecen. En otras palabras, lo mecánico y lo fisiológico se corresponden; el problema es extender esta explicación mecanicista a todos los estados, pues la conciencia no sería entonces sino un añadido, una cosa superpuesta a los movimientos moleculares.

Si concordáramos con tal postura, a semejanza de una obra de teatro, en el escenario cerebral los átomos y moléculas dialogarían, discutirían, se acercarían o alejarían según las circunstancias lo exigieran, y lo que de ello resultara serían los estados de conciencia. Para el espectador, desde luego, las escenas y los actos parecerán naturales, espontáneos, sólo porque durante la hora de representación no pensaría en el previo libreto escrito e innumerables ensayos. Así como el actor levantará el brazo a la altura del hombro porque la distancia que lo separa de otro actor es de esa longitud, así también la emoción que experimentará en su butaca el observador revestirá una exactitud insospechada.

En el fondo, la equivocación es intentar asimilar todos los sistemas de la naturaleza a un solo tipo, el de los fenómenos físico-químicos, y los distintos tipos de energía a la cinética o potencial: “En realidad, la vida no está más hecha de elementos físico-químicos que una curva de líneas rectas. (MV 15). En dichos sistemas cerrados, aislables y definibles en leyes, la situación inicial puede volver a presentarse, como si el tiempo no hubiese pasado –pensemos, por ejemplo, en ciertos tipos de reacciones químicas reversibles, como congelar agua y después descongelarla–. En la vida de la conciencia, sin embargo, no hay retorno, ni marcha atrás, ni restablecimiento, como en los experimentos; lo que hay son posibilidades por probar

Capítulo II:

Los recuerdos del porvenir o del tiempo a deshoras

Desde 1963, año en que se publicó, *Los recuerdos del porvenir* ha ocupado un lugar preeminente dentro del panorama de la literatura mexicana debido a su complejidad y diversidad, misma que posibilita diferentes lecturas. Desde la sociocrítica, por ejemplo, se resalta el proyecto ideológico del texto como cuestionamiento, destrucción y eventual reconstrucción del imaginario colectivo de un determinado grupo, regido por la noción de Nación y su discurso totalizador que, no obstante, no logra integrar a todos los miembros (Paz 65). Al mismo tiempo, se resalta la problemática del papel de la mujer mexicana en el ámbito público, particularmente en lo concerniente a su actuación en procesos históricos y políticos (Seydel 210); una preocupación, por cierto, que también se halla en escritoras contemporáneas como Josefina Vicens, Rosario Castellanos o Josefina Hernández. Sin rechazar un universo femenino, Garro lo complejiza exponiendo su anverso patriarcal al que se le opone la imaginación. (Gutiérrez de Velasco 25).

Otra aproximación es realizable desde la Historia de México al encontrar un tratamiento novedoso de temas que habían sido desdeñados o presentados como definitivos en cuanto a su interpretación, como la Guerra Cristera (Gutiérrez de Velasco 23). Así, encontramos una perpetua confrontación entre la Historia, con mayúscula, en tanto procura ser el relato oficial, objetivo e inapelable de los acontecimientos, y la historia con minúscula, como el recuento local de los sujetos partícipes de los grandes movimientos que no son afectados ni implicados de la misma manera. No es que se pretenda eliminar uno de los términos dialécticos del binomio, sino mostrar cómo ambos son necesarios para la configuración y comprensión de un hecho. Claro es que ello no excluye la toma de una postura, pues esta desmitificación del discurso monológico opera sobre una base crítica que, ante todo, percibe la exclusión de ciertas voces no sólo en el recuento, sino en el soslayo mismo de su existencia.

Por otro lado, la crítica literaria también ha comparado la obra con *Pedro Páramo* a partir de paralelismos como la presencia de “pueblos heterotópicos”: Comala e Ixtepec, respectivamente (Sánchez 155), la configuración central de la loca (Susana San Juan y Julia Andrade) como eje en el que se articula, si no la historia entera, sí el actuar de los “patriarcas” (Pedro Páramo y Francisco Rosas). En esa línea, otro campo de exploración lo constituye la dimensionalidad de los personajes, cuya construcción compleja, basada en la anti-heroicidad, impide simplificarlos en bandos maniqueos o prototípicos. Además, figuras como la del loco-

cuerdo se erigen en creaciones únicas, y hasta entonces ausentes en la narrativa mexicana (Gutiérrez de Velasco 24). La inversión de valores y jerarquías sociales que efectúan algunos personajes –como la prostituta Luchi que termina siendo el “ángel protector” del cura Beltrán, o el loco Juan Cariño que se proclama Presidente y guardián del Diccionario y cuya sede de trabajo se ubica en el burdel–aporta un tono desacralizador y carnalesco. En la estructuración, la voz narrativa presenta una peculiaridad: se trata del pueblo de Ixtepec. La técnica ya había sido utilizada con anterioridad, por ejemplo, en la obra *Fuenteovejuna* de Francisco de Quevedo, y, más recientemente, en el “Acto preparatorio” de la novela *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez, mas eso no impide que Garro le aporte rasgos peculiares al entrelazar tanto la memoria colectiva como la subjetiva, apostando así por una focalización múltiple, que puede narrar desde la primera persona singular y plural sin dejar de representar al pueblo (Méndez 846). En cuanto al estilo de la autora, el lirismo de su prosa, su capacidad metafórica, la carga expresiva de sus imágenes y la espina de ambigüedad y duda que encaja en el lector han sido también puestas de relieve como modalidades de la escritura real–maravillosa, que busca no una inversión de la realidad sino su ensanchamiento a partir de una recreación configuradora que, si borra lo dicho, es para escribir lo no dicho.

Con estos trazos rápidos puede notarse que la obra se ofrece a una pluralidad de perspectivas de interpretación. La nuestra, por su parte, la entenderá como una amplia metáfora de la noción bergsoniana de la duración, o, si se prefiere, como la habitación de esa propuesta filosófica de mundo. Dicho bosquejo tiene, como antecedente, la “condición fluida” que Margarita León, a su vez, le confirió en su libro *La memoria del tiempo. La experiencia del tiempo y del espacio en Los recuerdos del porvenir de Elena Garro* (2004). No se trata de una corriente de tipo fluvial, lo cual, incluso, resultaría paradójico frente al carácter pétreo, arenoso y árido con el que se Ixtepec se nos muestra, narrando sentado en esa “piedra aparente”, sino que, ante todo, veremos que eso que corre, que progresa, es la memoria, la vida psíquica de las conciencias, con todo y que afuera el tiempo parezca inmóvil, habitando la misma situación en la que no pasa nada, o pasa tan poco como para volver al estado inicial, incluso aunque, literalmente, se detenga, como ocurre al final de la primera parte, cuando Julia huye con Felipe Hurtado.

Asimismo, otro antecedente lo constituye el señalamiento de Gloria Prado respecto a la transmutación del tiempo como característica general de la narrativa de Garro:

El tiempo se torna muchos tiempos, y en ese juego de tramoyas se devanan épocas, momentos, semanas, días, transmutándose del tiempo cronológico, legal, perentorio, en temporalidad poética, rebelde, irreductible. La narrativa se constituye, entonces, en trayectoria ininterrumpida de ese trastrocamiento témporo-espacial que descubre y abre puertas ocultas a mundos de prodigio y de magia. (Prado 49)

Otros autores como Adriana Méndez distinguen entre “tiempo femenino” y “tiempo ficticio” que chocan y se tensionan entre sí en una temporalidad contradictoria: “El tiempo de la ficción es el recuerdo de Ixtepec, un pasado revivido en el presente, mientras que el tiempo de la mujer es el ahora fijo de la piedra que no permite devenir”. (Méndez 846). Según esto, cada tiempo se apoyará en una estrategia narrativa concreta. El femenino, donde el futuro no sólo está condicionado sino determinado por el pasado y sostenido por la repetición, recurrirá a la petrificación de Isabel, mientras que el ficticio a la voz narradora colectiva, donde estará propiamente el suspenso en cuanto comporta un “irse realizando” en el presente. Sin embargo, habría que matizar tal idea del tiempo femenino. Es cierto que, en algunos momentos, a Rosa y Rafaela, por ejemplo, sus destinos se les aparecen como cíclicos: “El placer se acaba... ¿A dónde irían ahora?... Serían las queridas de alguien. Rafaela quiso adivinar la cara que ocultaba la palabra alguien. La esperaban otros pueblos y otros uniformes sin cuerpo y sin prestigio” (Garro 229), pero también son ellas mismas las que no dudan en afirmarle al teniente Cruz, luego del incidente de la fiesta, que “nunca será como antes (273). Por otro lado, Sergio Callau, siguiendo a Beltrán Almería, divide el tiempo en vertical –prehistoria– y horizontal –historia– (Callau 132). Mientras el horizontal o histórico sería sucesivo, dependiente e irreversible, el vertical implicaría la reversibilidad, la independencia y la a-historicidad verificada en la falta de identidad, como ocurre en Julia. Por eso es que se trata de un personaje fantasmagórico, líquido, a medio camino entre la solidez y la evaporación.

Antes de recurrir a ejemplos concretos, parece necesario detenerse en el título de la novela: *Los recuerdos del porvenir*. En un primer momento, la atracción del nombre compuesto se debe a los vocablos antitéticos que sugieren una configuración especial del tiempo, donde se unen sus tres modalidades: el pasado de los recuerdos se condensa con el futuro del porvenir, pero esto sólo en un presente. No obstante, ¿cómo es posible recordar el futuro, lo “no sido aún”? Evidentemente, una concepción lineal del tiempo lo excluiría, puesto que ahí se presupone como nuevo cada momento, cuya única relación con sus antecedentes sería la continuidad. Si, en cambio, lo pensamos en términos de circularidad, los momentos, más que

pasar, recurren de un punto a otro. Así, la anticipación, previsión o proyección de lo no acaecido se posibilitaría gracias a una redundancia de lo sucedido en tiempos pretéritos, visible gracias a la memoria. En ese sentido, un cierto rasgo de fatalidad impregnaría el desarrollo de la historia; ésta ya no sería imprevisión, creación de posibilidades insospechadas, sino una repetición continua, como una onda en la que las variaciones son mínimas: “De alguna manera se recuerda lo que vendrá, porque todo se encuentra inmerso en una atmósfera de fracaso, escepticismo y decadencia que se repite” (Gutiérrez de Velasco 263). Sin embargo, se verá que el presente existe como posibilidad que fluctúa entre la nostalgia y el deseo, como una progresión donde las combinaciones no están dadas de antemano.

Hasta aquí, pues, una primera dificultad aparece en el diálogo entre Garro y Bergson, ya que parecen partir de concepciones diferentes del tiempo. Si hemos dicho que en el título de la novela se opera una síntesis del “eterno retorno”, de fijación del tiempo, ¿cómo se concilia con la novedad absoluta que el filósofo francés le confiere a cada instante, y al hecho de que, si bien se acepta la influencia y relación entre el pasado y los momentos venideros, que en cierta forma los “contiene” o “anuncia”, no por ello se sigue una determinación, sino que hay lugar para lo novedoso, según lo atestiguan sus palabras?: “El universo dura. Cuanto más profundicemos en la naturaleza del tiempo, tanto más comprenderemos que duración significa invención, creación de formas, elaboración continua de lo absolutamente nuevo” (MV 13). Si Garro se decantara por una perspectiva, sería forzoso intentar surgir la otra, pero lo cierto es que mediante la tensión entre la Historia y las microhistorias de las que se habló antes, opera también un entrelazamiento entre el tiempo espacializado que la historia toma para insertar y estudiar en él los hechos y el tiempo propio de la duración, visible sólo a nivel personal y, en este caso, de los personajes.²

Si bien al principio el título sugería optar por ese tiempo histórico, se verá que también muestra un rasgo propio de nuestra duración: en un movimiento continuo entre innovación y sedimentación, aspiración y conservación, nos orientamos en el pasado para proyectar en el futuro.

²“el deseo, la imaginación y la experiencia directa de los individuos crean otro tiempo, uno original y único aunque no divorciado del todo de un tiempo general, abstracto” (León, cit. por Gutiérrez de Velasco 264).

Dos tiempos, muchas duraciones

A lo largo de la novela hallamos dos tipos de tiempo: uno asimilado a la idea de espacio, reflejado con frecuencia en la voz del narrador; y el otro propio de la conciencia, perceptible en los personajes. La divergencia se origina a partir de la recuperación de un pasado hecho que quiere ser traído de vuelta por Ixtepec, y que para hacerlo necesita generalizar, englobar los movimientos particulares de sus habitantes en un lienzo más amplio, que le permita explicar su desarrollo en periodos, en episodios cronológicos más o menos acusados en su memoria. Por eso, la separación de la historia en dos partes no es gratuita: la primera está marcada por la Revolución como el trasfondo histórico y la presencia de Julia como el punto en torno al cual se articulan los demás acontecimientos (la llegada de Felipe Hurtado, el Teatro, las reuniones en casa de los Moncada, etc.); mientras que en la segunda, la Guerra Cristera y la ausencia de la querida del general se erigen como vacíos o carencias que intentarán ser colmados con acciones que van desde la rebelión colectiva (la fiesta en casa de Carmen B. de Arrieta) hasta la sustitución de la amante (Isabel Moncada). En todo caso, la misma redención de ese tiempo “ido” parece imponer su explicitación a partir de la duración impropia. Y es que cuando miramos hacia atrás procuramos delimitar el contorno de lo franqueado, unificar las disonancias entre actos que contrastan con la homogeneidad aparente de una continuidad y encontrar la necesidad entre unas condiciones iniciales y su correlato final para explicar la lógica que provocó tal o cual desembocadura. En una palabra, perpetuamos el pasado espacializándolo, aunque nuestro modo de vivirlo haya sido distinto.

Si, por otro lado, los personajes también son “contados” desde el pasado, desde lo ya acaecido, ¿cómo puede manifestarse su duración que, ante todo, implica un “irse haciendo”? Lo que sucede es que aun cuando los pensamientos o acciones referidas hayan ocurrido hace varios siglos, la narración los actualiza en un momento presente, no el de nosotros, en tanto lectores, sino el que debió preceder a la narración, un “presente virtual”, si se quiere, aquel en que la historia se vivió, sin importar si es verídica o no. Aunque en la novela los personajes estén bien definidos en cuanto a su caracterización tridimensional (física, psicológica, sociológica), se puedan aislar sucesos claves que nos revelen su misterio o la secuencia temporal de sus intervenciones pueda ser recompuesta, lo cierto es que, en la mirada del lector, se van construyendo, su vida interior va durando, progresando y transformándose conforme avanza el relato, sin saber con exactitud cuáles serán los puertos de llegada.

Anteriormente se ha dicho que cada conciencia experimenta su duración de una manera singular, no reductible o equivalente a otras. Por tanto, parece necesario abordar por separado

la de cada personaje, incluyendo la voz narrativa que, en tanto testigo, no deja de participar. Así como cuando a los colores del arcoíris se les etiqueta simplemente como “colores”, omitiendo eso singular que los hacía ser rojo, amarillo, verde, índigo o violeta (*MV* 37), afirmar que cada personaje tiene una duración propia sin mostrarla por separado es meter en un mismo cajón objetos tan diversos como flores, plantas e insectos bajo una abstracción dudosa. Quizá sorprenda que algunos, como el de Julia Andrade, tan importantes para la configuración del argumento, sean bosquejados con unas cuantas pinceladas, mientras que se insista en otros secundarios como Martín Moncada. La razón de esta posible arbitrariedad se debe a que, en primer lugar, no nos interesa tanto seguir el hilo de la historia o las minucias de su desarrollo como mostrar la ejemplificación literaria y, aún más, la ampliación del concepto de duración que se encuentra en los gestos y pensamientos de ciertos personajes, no siempre imprescindibles en el seguimiento de la trama. Además, el tratamiento que de ellos hacemos está condicionado, en gran medida, por el de la autora. Si es imposible hablar detalladamente de la duración propia de Julia, por ejemplo, es porque se trata, ante todo, de una mujer esquiva, aparece mucho, pero habla poco, no deja traslucir sus pensamientos ni rastros precisos de su vida pasada, y suele desvanecerse en la mirada de Francisco Rosas o Ixtepec, desde donde la contemplamos como a través de un cristal opaco. Por otro lado, esta misma desproporción evidenciará, ante todo, una riqueza de matices, una complejidad de subjetividades descubridoras del carácter heterogéneo de la experiencia y de las discrepancias en la vivencia del tiempo.

Ixtepec

En la voz de Ixtepec el tiempo se configura como algo ya dado, irreversible e incommovible. El narrador habla desde un presente, desde un “ahora”, pero su atención se focaliza en lo anterior, en lo transitado, donde lo único permitido es ser en un espectador pasivo: “Quisiera no tener memoria o convertirme en el piadoso polvo para escapar a la condena de mirarme” (*RP* 9). Esta mirada se presenta como una condena porque se desprende de lo determinado, en lo que ya no se puede cambiar, ni para bien ni para mal. La duración, entonces, se asemejaría al precipitado del fondo de un vaso. Si una vez las partículas se movieron, ahora ya sólo son residuos sedimentados, incapaces de animar, de hervir o convulsionar al líquido. Por eso cuando Ixtepec afirma: “Yo supe de otros tiempos: fui fundado, sitiado conquistado y engalanado para recibir ejércitos” (*RP*9) no nos es posible captar ni la multiplicidad ni el carácter creativo que debió prevalecer durante esos momentos. Si lo viéramos con ojos de historiador, el destino de Ixtepec que pasó de una fundación, a un sitio y diversas conquistas

nos parecería inserto en una secuencia lógica y clara, mas si nos aproximamos con los ojos de la duración sería necesario remontarse, en cada caso, al halo de imprevisión que los habitantes experimentaron, a la vivencia de esos tiempos que no solamente se fueron sucediendo, sino influyéndose, fraguándose entre sí, cuando los habitantes no sabían aún que se hablaría de un tiempo anterior y posterior a Francisco Rosas.

Ixtepec presenta una relación indestructible con el pasado, rasgo que lo acompañará durante toda la historia: “Sólo mi memoria sabe lo que encierra [...] Estoy y estuve en muchos ojos. Yo sólo soy memoria y la memoria que de mí se tenga” (*RP9*). Una conciencia, como una bola de nieve que al descender por una pendiente va incrementando su volumen según se le vaya adhiriendo más, también va aglutinando su pasado en su memoria. El engaño consiste en creer que si detuviéramos la bola en un momento dado podríamos señalar con exactitud dónde se encuentra la masa inicial y dónde la incorporada, como si en el recorrido no se hubieran entrelazado hasta impedir una distinción total: “Mi estado de alma, al avanzaren la ruta del tiempo, crece continuamente con la duración que recoge; por decirlo así, hace bola de nieve consigo mismo” (*MV 8*).

Que la duración es sólo perceptible y aplicable a las conciencias, donde confluyen las tres modalidades del tiempo la encontramos, por ejemplo, en las descripciones que el pueblo de Ixtepec hace de sí como una pura repetición: el atrio de la iglesia cada sábado cobra el mismo aspecto, ambiente y olor; las noches se inundan de las mismas luces y los mismos gritos de peleas y borrachos, incluso la casa de los Moncada se erige en un eterno instante, siéndolo en la medida en que no hay quien advierta el desgaste o la invasión de hierbas, magnolias y plantas al interior: “Allí no corre el tiempo: el aire quedó inmóvil después de tantas lágrimas” (*RP11*). La conciencia, sin embargo, es capaz de recordarla viva, cuando había sol y pájaros y las risas de los hermanos Nicolás, Isabel y Juan Moncada abarrotaban los pasillos.

La memoria de Ixtepec, aun cuando a la luz del paso del tiempo y las apariencias concluya por asentarse, recuerda, no obstante, el dinamismo de la imprevisión, la impaciencia de la espera, el porvenir no declarado donde se aguardaba la aparición de los zapatistas que abatirían a los militares, ahora dueños del pueblo, y cuyo retraso generaba más expectativas: “En esos días aún creíamos en la noche sobresaltada de cantos y en el despertar gozoso del regreso [...] Me pesaban los días y estaba inquieto y zozobante esperando el milagro” (*RP13*). Después, esta intuición se dejará de lado ante la perduración de un orden social que se equipara a la inmovilidad temporal: los indios siguen tan pobres como antes de la

Revolución, e igualmente explotados y perseguidos por los mestizos. Pero este tiempo no sólo está regido por los rescoldos del fracaso de la lucha armada, sino por los deseos, desplantes y silencios de Julia, por quien el general se desvive: “El tiempo era la sombra de Francisco Rosas” (RP31). El poderoso, entonces, no sólo instaaura un nuevo orden, sino que funda también un tiempo opresivo, descarnado.

Este peso sofocante del tiempo marcado por la presencia militar, el recelo y la obediencia inconforme; donde los momentos se superponen, forman una masa amorfa y se terminan simplificando en un instante permanente, eterno, recubre a Ixtepec como un cascarón endurecido en el que es difícil hacer alguna grieta, algún cambio relevante:

En esos días era yo tan desdichado que mis horas se acumulaban informes y mi memoria se había convertido en sensaciones. La desdicha como el dolor físico iguala los minutos. Los días se convierten en el mismo día, los actos en el mismo acto y las personas en un solo personaje inútil. El mundo pierde su variedad, la luz se aniquila y los milagros quedan abolidos. La inercia de esos días repetidos me guardaba quieto, contemplando la fuga inútil de mis horas y esperando el milagro que se obstinaba en no producirse. El porvenir era la repetición del pasado. Inmóvil, me dejaba devorar por la sed que roía mis esquinas. Para romper los días petrificados solo me quedaba el espejismo ineficaz de la violencia, y la crueldad se ejercía con furor sobre las mujeres, los perros callejeros y los indios. Como en las tragedias, vivíamos dentro de un tiempo quieto y los personajes sucumbían presos en ese instante detenido. Era en vano que hicieran gestos cada vez más sangrientos. Habíamos abolido al tiempo. (RP61-62)

La cita nos permite vislumbrar otro modo de ser del tiempo. Con Bergson encontrábamos una cierta liberación por la no determinación y la no repetición. Aquí, en cambio, la conciencia se siente asfixiada, encerrada en la atemporalidad, algo quizá comparable al sentir que Sísifo, si no hacemos caso a Camus, debió sentir ante la condena de cargar con su piedra y cuyo carácter de condena se verifica precisamente por la repetición, por el nunca acabar, ni tampoco empezar. ¿Con esto diremos que Garro aleja a Bergson? No, en la medida en que su relación funciona por medio del contraste. Así como con frecuencia el negro nos remite al blanco antes que al gris, más parecido a él, esta presunta inmovilidad nos impone la interrogante de saber cómo la vivieron los habitantes, y si esta insistencia de Ixtepec como un pueblo detenido, estancado en el mismo balanceo no revelará más bien un desajuste entre ritmos de tiempos, no sólo en relación al resto del mundo como lo supone, por ejemplo, Don Ramón cuando en la cantina explica que el mundo se mueve a otra velocidad, la de la historia

moderna, mientras ellos siguen “atrasados”, perpetuando el feudalismo, sino también al interior del país, como dejan verlo los periódicos cargados de noticias que todos los días llegan en el tren provenientes de la ciudad de México, o su comparación con Tetela, pueblo reducido a ruinas y a unos cuantos recuerdos. Acaso el abismo temporal que se nos muestra se corresponda con la insistencia con la que el tren de la Historia pretende subir en cada estación a las historias locales, subyugándolas a andar en su misma línea y velocidad. Irónicamente, el conservadurismo de esta misma minoría se subleva ante los cambios, pretendiendo regresar a la organización y valores anteriores a la Revolución, cuando cada quien estaba bien puesto en su lugar y no había indios “peleando por unos derechos y unas tierras que no les pertenecían” (RP68).

Esta permanencia irrevocable se acentúa en varios pasajes de la novela. En las reuniones celebradas en casa de Don Joaquín y Doña Matilde, por ejemplo, tanto la corriente de aire desaparece, instalando un calor ardiente, como el diálogo se estanca, reduciéndose a un enmudecimiento soñador y a las mismas frases condenatorias del general y sus ayudantes. La prolongación y pesadez de las horas se presenta también cuando Francisco Rosas se enoja con Julia y a la mañana siguiente, para saciar su despecho, aparecen indios colgados en las trancas de Cocula. Aunque a veces Ixtepec se presente como un pueblo joven, lo cierto es que el pasado se alza como una gran losa sobre su espalda que no lo deja moverse, y su memoria se convierte en una maldición porque parece aniquilar el sentido de lo precedente reproduciéndolo una y otra vez, haciendo que los colores se vuelvan un color, los días un solo día desbordado, la vida un siempre querer ver lo mismo:

La vida en aquellos días se empañaba y nadie vivía sino a través del general y su querida.

Habíamos renunciado a la ilusión.

¿Dónde quedaba mi cielo siempre cambiante en sus colores y sus nubes? ¿Dónde el esplendor del valle amarillo como un topacio? Nadie se preocupaba de mirar al sol que caía envuelto en llamaradas naranjas detrás de los montes azules [...] Todo mi esplendor caía en la ignorancia, en un no querer mirarme, en un olvido voluntario. Y mientras tanto mi belleza ilusoria y cambiante se consumía y renacía como una salamandra en mitad de las llamas. (RP112-113)

Sin embargo, el tiempo idéntico a sí mismo que recubre a Ixtepec como una muralla opresora llega a padecer resquebrajaduras, después de todo. La llegada de Felipe Hurtado, el extranjero, es una irrupción en medio del silencio y la quietud y la costumbre, una “distorsión en la melancólica homogeneidad de la temporalidad de Ixtepec que suscita las últimas esperanzas de los habitantes del pueblo por traer la “ilusión” de vuelta” (Callau 132). El otro tiempo se resiste a quedarse estático; más bien se despabila, y su movimiento se propaga en las ramas de los árboles, antes paralizadas por el calor insoportable y la ausencia de ventiscas; y en las cocinas, donde los trabajadores murmuran sobre el motivo de su visita, su presunta relación con Julia y la disputa con Rosas. Después, la iniciativa del teatro parece terminar con el encantamiento del pueblo. Los habitantes dejan de ser espectadores del Hotel Jardín, presos de la red tejida alrededor de lo que los militares hacían en la cantina y con sus queridas, para al fin adueñarse de su tiempo, de su historia.

No obstante, si la fisura de la muralla del tiempo se ensanchó con el arribo de la novedad, después sus puertas se volvieron a cerrar con la misma imprevisibilidad con la que llegó y se fue el forastero Hurtado. La espera regresa, sólo que ahora coloreada por la partida de Julia, que todos se cuidan bien de mencionar frente al general. En ese sentido, podríamos decir que, aun cuando se acompañe de un desconsuelo que el paso del tiempo no parece curar, como lo siente Ixtepec(RP147), se trata de *otra* espera, impregnada de las huellas de las anteriores, de sus acordes armónicos, y que ahora más bien se centra en el aguardo del derribo de la autoridad y el regreso de los cultos religiosos, que habían sido suspendidos por mandato presidencial de Plutarco Elías Calles. El tema es, pues, similar, mas no la melodía. Cuando el narrador se pregunta tras el amotinamiento en el atrio de la Iglesia para impedir su cierre: “¿Qué esperábamos? No lo sé, sólo sé que mi memoria es siempre una interminable espera.”(RP154), o casi al final afirma: “Habíamos vivido tantos años en la espera que ya no teníamos otra memoria” (RP262), al punto sospechamos de que sea, en efecto, una prolongación inmóvil, como bien lo ilustra Bergson cuando explica que si queremos tomar un vaso con agua azucarada tenemos que esperar a que los granos se disuelvan paulatinamente mientras la impaciencia aumenta: “Porque el tiempo que tengo que esperar no es ese tiempo matemático que también se aplicaría a lo largo de la historia entera del mundo material, aunque ésta se expusiese toda de una vez en el espacio” (MV 12). Además, los personajes la desmienten, quizá porque ellos mismos no la experimentan así. Por eso es que la planeación de la fiesta en la casa de Doña Carmen B. de Arrieta como estratagema que permitiría huir al padre Beltrán y a Don Roque, el sacristán, rompe de nuevo el encantamiento

y la maldición, introduciendo el dinamismo, la generación de expectativas, el deseo de que se cumplan. Y cuando, de nuevo parece que el estacionamiento se superará, Rosas se entera de la trampa y encierra a los invitados en la casa, condenándolos a una fiesta que se antoja como interminable, a la misma indiferencia de antaño:

Ningún rastro de humedad, ningún recuerdo del agua venía a salvarnos del juego de reflejos sedientos. El tiempo no avanzaba y las montañas que guardan al sol desaparecieron del horizonte. Derrumbados en las sillas, calcinados y sin esperanzas, aguardábamos. Los criados descalzos y con los labios reseco ofrecían refrescos de colores. Nosotros los dejábamos pasar. (RP207)

Sólo para la señora Montúfar seguían sucediendo cosas, y por eso preguntaba con esperanza a cada rato si ya había regresado Rosas. Los demás sabían ya (pretendían saber) que, de cualquier forma, les aguardaba *la misma* espera, es decir, el ajetreo, violencia y zozobra renovada de los que escribían la Historia del pueblo con la misma tinta ensangrentada, no de quienes la padecían.

La tensión dialéctica entre lo que Ixtepec cuenta de sí mismo y lo que los personajes translucen es la misma que la existente entre un tiempo abstracto, histórico, y uno concreto, actualizándose en su devenir. Aunque el primero parezca ser la constante que sólo se verá interrumpida en algunas excepciones, lo cierto es que el mismo Ixtepec advierte, hacia el final, el error de darle un carácter de *ya dado* al tiempo, cuando lo que había en realidad era apertura, posibilidades por probarse, y una riqueza de movimientos en los que sumergirse si se hubiera dejado vivir la duración, en vez de condenarla a seguir una ruta, un camino apelmazado de tanto andarlo:

Hubiera querido llevarlos a pasear por mi memoria para que vieran a las generaciones ya muertas: nada quedaba de sus lágrimas y duelos. Extraviados en sí mismos, ignoraban que una vida no basta para descubrir los infinitos sabores de la menta, las luces de una noche o la multitud de colores de que están hechos los colores. Una generación sucede a la otra, y cada una repite los actos de la anterior. Sólo un instante antes de morir descubren que era posible soñar y dibujar el mundo a su manera, para luego despertar y empezar un dibujo diferente. Y descubren también que hubo un tiempo en que pudieron poseer el viaje inmóvil de los árboles y la navegación de las estrellas, y recuerdan el lenguaje cifrado de los animales y las ciudades abiertas en el aire por los pájaros. Durante unos segundos vuelven a las horas que guardan su infancia y el olor de las hierbas, pero ya es tarde y tienen que decir adiós y descubren

que en un rincón está su vida esperándoles y sus ojos se abren al paisaje sombrío de sus disputas y sus crímenes y se van asombradas del dibujo que hicieron con sus años. Y vienen otras generaciones a repetir sus mismos gestos y su mismo asombro final. Y así las seguiré viendo a través de los siglos, hasta el día en que no sea ni siquiera un montón de polvo y los hombres que pasen por aquí no tengan ni memoria de que fui Ixtepec. (RP243)

Otra apreciación respecto al tiempo puede señalarse a partir de las fechas. En la piedra en la que se convierte Isabel, y desde la que Ixtepec narra, Gregoria inscribe el día y año preciso del nacimiento de la joven y de su metamorfosis. La memoria inscrita de aquel pueblo, acaso la única que queda o de la que se tiene noticia, remite a un tiempo espacializado, ubicable entre los años 1907 y 1927. Sin embargo, durante el relato no se precisan el número de unidades temporales que transcurren entre uno y otro acontecimiento; salvo una o dos excepciones, se habla de “días”. La concurrencia de estos dos tipos de aproximación muestra que, por un lado, la experiencia pasada se recoge a partir de fechas y datos que la traen de vuelta. El cuidado debe ser puesto en no limitarse a ellas, cuando más bien son el puente levadizo a partir del cual se puede acceder a la inmensa región de la duración. En otras palabras: la fecha nos remite al acontecimiento, pero captarlo como tal, sobrepasar el número para aprehender la vida que adopta, sus tonos y singularidades se lleva a cabo a través de la intuición, presente en una narración pormenorizada que muestre totalidades y no fragmentos. Cuando se logra, se produce ese “extrañamiento de la cronología oficial” que señalara Gloria Prado como transgresión habitual en los textos de la autora poblana (Prado 49). Como nenúfares, Ixtepec recuerda fechas señaladas que, al ser tomadas del estanque, develan la profundidad de su raíz, extendida hasta el fondo:

¿De dónde llegan las fechas y a dónde van? Viajan un año entero y con la precisión de una saeta se clavan en el día señalado, nos muestran un pasado, presente en el espacio, nos deslumbran y se apagan. Se levantan puntuales de un tiempo invisible y en un instante recuperamos el fragmento de un gesto, la torre de una ciudad olvidada, las frases de los héroes disecadas en los libros o el asombro de la mañana del bautizo cuando nos dieron nombre. Basta decir la magia de una cifra para entrar en un espacio inmediato que habíamos olvidado. El primero de octubre es para siempre en mi memoria el día que empezó el juicio de los invitados. (RP 254)

La tensión entre los dos tiempos apuntada en esta voz puede articularse con los dos transcurso temporales que, según Lorena Paz Valderrábano, se conjugan en el narrador: por

un lado, Ixtepec se descubre como “un asentamiento geográfico animado que, desde sí mismo, se anuncia como presencia y testimonio, y cuenta su historia como espectador” (64); es decir, se expresa como siendo una conciencia, a la que le correspondería propiamente la duración, mientras que, por otro lado, “refleja el transcurso específico de la historia como transcurso cronológico, como suceder de acontecimientos” (65). Es aquí cuando la anterior conciencia se desprende de sí para poder referir lo que sucede a los otros personajes, simplificando su movimiento, avidez y vértigo en un solo recorrido.

Por último, cabe señalar que, si la inmovilidad y petrificación de Ixtepec nos sirve para ilustrar el tiempo abstracto denunciado por Bergson, también puede interpretarse a la luz de un cuestionamiento político. Como un demiurgo, Garro se inscribirá en la ideología dominante para poder refutarla mejor. Si bien por momentos se decanta por una visión cerrada de la historia, en donde “el transcurso histórico-social y cultural ha estado y seguirá determinado por los conflictos de identidad, el ejercicio patológico del poder, la expresión de los esquemas machistas [...] todo esto inmerso en un tiempo circular que llega a ser asfixiante y termina por petrificarse” (Paz 65), al mismo tiempo lo disloca mediante la transgresión de personajes que como el agrarista Ignacio, Nicolás Moncada o Juan Cariño, se niegan a entrar al juego acomodaticio de conformidad con el tirano. Elena no lo hace con ingenuidad, sabe que estas brazadas a contracorriente no derrumban por sí mismos la coraza de piedra, que si las derrotas y pérdidas no están aseguradas, tampoco lo están las victorias, pero sabe también que la persistencia de muchas gotas logra roer la piedra.

Martín Moncada

Entre los personajes que viven a su manera la noción bergsoniana del tiempo, encontramos a Martín Moncada, cuya conciencia de su duración es más aguda que en los restantes. Todas las noches, a las nueve en punto, manda a Félix, su mayordomo, a retirar el péndulo del reloj de caoba de su despacho en un intento por sustraerse a la trampa del reloj: se da cuenta que la cotidianeidad impone una premura, un amoldamiento de las acciones a los intervalos entre números, que revela, ante todo, una divergencia de ritmos entre el tiempo histórico y el propio:

–Ya por hoy no nos vas a corretear– comentó Martín mirando las manecillas inmóviles sobre la carátula de porcelana blanca.

Sin el tictac, la habitación y sus ocupantes entraron en un tiempo nuevo y melancólico donde los gestos y las voces se movían en el pasado. (RP 18)

En una pieza monofónica, el director marca el *tempo* con su batuta, señala las entradas, pausas y giros, logrando unificar en una misma dirección a todas las voces de la orquesta. Pero sucede que un día, en un concierto, el instrumento solista se deslinda de ellas, creando otro tiempo en el que toca pasajes con una cadencia que más que venir señalada en las notas de la partitura se desprende de la propia vivencia del intérprete, y el timbre más que derivarse de la naturaleza del instrumento surge por el modo en que se aferra o renuncia a él. Es el tiempo de la rememoración, del florecimiento, del vagabundeo hacia atrás y hacia adelante. Mientras tanto, el director-metronomo permanece al margen hasta que el mismo tiempo le impone al instrumento el deseo (la necesidad) de regresar a la vida común, a la medida del compás, al tercer movimiento. Así también a la mañana siguiente el gesto de protesta de Martín se disuelve en los últimos sopores de la madrugada, y él entra de nuevo a ese tiempo perseguidor, pronto a caer siempre sobre sus talones.

Martín es un personaje enigmático en el que confluyen las tres modalidades del tiempo. Al recordar un pasado no sido que se confunde con el futuro, el presente adquiere un carácter irreal, donde a veces se siente perdido, pues lo lejano le es cercano y viceversa. A los cinco años, por ejemplo, evocó la nieve, aun cuando nunca antes la había visto, y más adelante rememoró su propia muerte cuando presencié el cadáver ajado de su nana Sarita. Si interviene poco en la vida de Ixtepec es porque más bien se trata de un personaje volcado hacia adentro, cuya vida interior es tan prolífica y su sensibilidad para captar detalles como olores inadvertidos tan especial que otros la confunden con torpeza, distraimiento, ineficacia o un “estar en las nubes” (RP 32). Por eso es que se apoya tanto en Félix como la memoria que lo mantiene atado a este mundo, la que le recuerda las fechas, la página del libro en que se quedó, la rutina a seguir:

Cuando pensaba en el porvenir una avalancha de días apretujados los unos contra los otros se le venía encima y se venía encima de su casa y de sus hijos. Para él los días no contaban de la misma manera que contaban para los demás. Nunca se decía: «el lunes haré tal cosa» porque entre ese lunes y él, había una multitud de recuerdos no vividos que lo separaba de la necesidad de hacer «tal cosa ese lunes». Luchaba entre varias memorias y la memoria de lo sucedido era la única irreal para él. (RP 19)

Enterado de la transitoriedad, de la falacia de la rectificación y anticipación segura, de su propia finitud, Martín se relaciona de manera diferente al resto de los pobladores con el tiempo. Aferrándose a lo que él llama su “vocación de pobre”, procura evitar las nimiedades, el desgaste por intereses que, como el dinero, carecen de importancia. También por ello es

semejante a un anticuario que, en su apasionamiento por el pasado, se dedica a observar desde la intimidad de un rincón. No obstante, aunque parezca que se encierra en los límites de su esfera, su estancia en ella más bien arroja luz sobre la proyección del futuro. Como si fuera consciente de los dos tiempos señalados por Bergson, desdeña las divisiones por semanas o periodos como camisas de fuerza que lo cercan en la monotonía y uniformidad:

Después de la cena, cuando Félix detenía los relojes, corría con libertad a su memoria no vivida. El calendario también lo encarcelaba en un tiempo anecdótico y lo privaba del otro tiempo que vivía dentro de él. En ese tiempo un lunes era todos los lunes, las palabras se volvían mágicas, las gentes se desdoblaban en personajes incorpóreos y los paisajes se transmutaban en colores. Le gustaban los días festivos. La gente deambulaba por la plaza hechizada por el recuerdo olvidado de la fiesta; de ese olvido provenía la tristeza de esos días. “Algún día recordaremos, recordaremos”, se decía con la seguridad de que el origen de la fiesta, como todos los gestos del hombre, existía intacto en el tiempo y que bastaba un esfuerzo, un querer ver, para leer en el tiempo la historia del tiempo. (RP 20)

Si otros sentían temor por lo que vendrá, él, en cambio sabía que “el porvenir era un retroceder veloz hacia la muerte” (32). Asumir su finitud le permite explorar el tiempo de su conciencia, o, aún más, su conciencia como tiempo, en el que ese “encuentro asombroso” no se reniega, sino que se le sale al paso sin sobresaltos, a sabiendas de que, como un ser viviente, también los progresos tienen un fin. Sin embargo, en la segunda parte de la novela el tiempo tiránico termina por subsumir el suyo. En la fiesta de los Arrieta percibe fatalidad cuando Rosas se entera de la treta, él, que había sido uno de los más entusiastas en la planeación del ardid. Entonces no importará con cuanto ahínco corra en pos de su memoria, ella se ha petrificado ya, se ha vuelto una cosa completa, sin apertura, cercana a la muerte:

¿A dónde quería irse? Había entrado al mundo subterráneo de las hormigas, complicado de túneles minúsculos donde no cabía ni siquiera un pensamiento y donde la memoria era capas de tierra y raíces de árboles. Tal vez eso era la memoria de los muertos, un hormiguero sin hormigas; sólo pasadizos estrechos abiertos en la tierra, sin salida a las hierbas. (RP 201)

Privado de su memoria, que, como decíamos, animaba el progreso de su vida interior, Martín queda reducido a un títere del que se ocupan otros. En vano trata de convencerse de que mataron a su hijo Juan y él lo fue a enterrar, o de la consistencia de las casas de Ixtepec. Ya no es sino un resto ambulante, que nunca más volverá a salir de su casa:

No era él, no era Martín Moncada el que caminaba las calles de Ixtepec. Había perdido la memoria de sí mismo, y era un personaje desconocido que perdía los miembros de su cuerpo en las esquinas derruidas de un pueblo en ruinas. Pasó de largo frente al portón de su casa. (RP238)

Al cerrar la puerta tras de sí, para siempre, Martín señala simbólicamente el triunfo del olvido, de la inercia, del dejarse arrastrar por un tiempo que viene de arriba.

Isabel Moncada

En el personaje de Isabel Moncada se puede notar la multiplicidad de estados que impregna toda evolución subjetiva. La vemos desde que era niña y, con un ímpetu incansable, jugaba con sus hermanos a treparse en los árboles bautizados como *Cartago* y *Roma*; a arrojar con Nicolás a Juan a una cisterna para después salvarlo; a descifrar las pinturas bucólicas del salón *Inglaterra* de su tía Matilde o bailar desaforadamente en el pasillo de la casa para gran desconcierto de la servidumbre y enojo de su madre. Después, notamos como unos brotes de rebeldía la hacen rehusar el matrimonio para no verse reducida a una mercancía, al tiempo que rasgos aparentemente contradictorios de su carácter se van abriendo paso. Tan pronto puede estar harta y desear que Juan y Nicolás se vayan a trabajar a las minas de Tetela como extrañarlos al momento siguiente. La partida de los hermanos instaura un tiempo nuevo que, en términos generales, es de melancolía y desdicha. Isabel, extraña y extrañada, también comienza a habitar dos tiempos, como su padre, pero si en Martín se llegaban a fusionar en uno solo, ella más bien se desdobra. Una Isabel languidece en el mundo “real”, aparente e insuficiente, atravesando los cuartos de su casa y aferrándose a los objetos para convencerse de su existencia. La otra se aloja en regiones inaccesibles, en esos otros mundos en los que se mueven personajes como Susana San Juan o Remedios, la Bella. Isabel ingresa a ese otro tiempo como cuando entraba, con gesto recogido, al dormitorio de Dorotea para ver las imágenes de los abanicos que adornaban las paredes deslavadas, rompiendo los lazos con Nicolás y las cosas terrenales, volviéndose fugaz e invisible. Al sentirse de más, de sobra en un mundo que quisiera encasillarla, dulcificar su perfil de muchacho y tornarla amable, especialmente con hombres como el poeta Tomás Segovia, se trata de un tiempo en el que naufraga solitaria, y cuyo peso se agudiza al contrastarlo, en su memoria, con el de su infancia, teñido por el recuerdo alegre de sus hermanos cómplices, especialmente Nicolás, quien la calmaba en las noches llenas de presagios:

Eso pasaba cuando los tres compartían la sorpresa infinita de encontrarse en el mundo.
En aquel tiempo hasta el dedal de su madre brillaba con una luz diferente mientras iba

y venía construyendo abejas y margaritas [...]. Luego el mundo se volvió opaco, perdió sus olores penetrantes, la luz se suavizó, los días se hicieron iguales y las gentes adquirieron estaturas enanas. (RP 31)

Posteriormente, es ella quien le sugiere a Hurtado acometer la empresa del teatro. Las tonalidades frías y grisáceas de su soledad entonces se colorean de tonos brillantes y cálidos durante los ensayos y los preparativos de la función, hasta que el extranjero se va, llevándose también la ilusión. Las cosas vuelven a adquirir tonalidades sombrías (no las mismas, por supuesto), a acentuar su soledad y envolverla en una niebla que poco a poco mengua su animación:

No quería visitar a sus tíos: temía encontrarse con la invisible presencia del forastero flotando en el jardín. Tampoco quería ver el pabellón en donde el escenario envejecía con rapidez. Los restos de aquel mundo que apareció mágicamente la noche de la lluvia, y desapareció la noche en que Francisco Rosas se presentó a reclamar a su rival, la arrojaban a un rincón de polvo. Si estuvieran con ella sus hermanos, su vida sería soportable; no necesitaría hablar [...]. (RP 149)

Por otra parte, su incipiente testarudez respecto al dictado, que parecía haberse diluido en la alegría de las representaciones teatrales, cobra fuerza hacia el final de la novela, cuando decide franquear las barreras de clase y prejuicios que la separaban de Francisco Rosas. No es que su insumisión haya “reaparecido”, sino que fue desarrollándose, cociéndose en diferentes alturas de la flama hasta alcanzar una temperatura alta y hacer estallar la tapa. Si su padre pagó caro el haberse sustraído a la lógica tridimensional del tiempo, aferrándose a la del pasado, tampoco ella podrá salir indemne, y más aún cuando su lucha frente a siglos de historia que prohíben la traición de los vencidos yéndose con los vencedores es declarada, puesta al descubierto por más que ella baje las persianas de su habitación en el Hotel Jardín. Difuminar los límites del tiempo, abolir el pasado para quedarse con un futuro atemporal que Isabel realiza cuando Rosas se dirige al cementerio a fusilar a su hermano, es una empresa inhumana, y acaso esa negación le depara su condición de piedra, donde su conciencia, antes viviente, se reduce a unos cuantos polvos de granito y a unas palabras impávidas.

Sus palabras giraron en el mundo sin ruidos de Isabel. El futuro no existía y el pasado desaparecía poco a poco. Miró al cielo fijo y al campo imperturbable e idéntico a sí mismo: redondo, limitado por montañas tan permanentes como ese día redondo, limitado por dos noches iguales. Isabel estaba en el centro del día como una roca en la mitad del campo. (RP 282)

Sólo Ixtepec, sentado sobre esa piedra aparente, puede intuir la vida encerrada al haber sido testigo de los procesos que culminaron en su transformación. Para los demás, Isabel será una estatua, fija para siempre, recordada por unas palabras como “cohetes apagados” que no dijo y que tornan insípidos y leves unos sentimientos que ella alguna vez experimentó, y que la hicieron padecer, y sufrir, y vivir. Acaso eso sea la muerte.

Julia Andrade

Misteriosa y equívoca, Julia Andrade no sólo muestra una reticencia indiferente con Francisco Rosas, sino con el lector. La sensación de que se escurre como arena a través de las manos, dejando a penas un polvillo imperceptible como testigo de su presencia, impide objetivar su temporalidad; lo más que puede hacerse es presentirla escondida detrás de sus pestañas, envuelta en su sonrisa esquiva y su cabeza ladeada. Es quizá en este personaje donde mejor se manifiesta la irreductibilidad de la duración puesta en palabras. Su presente está poblado de recuerdos, pero se trata de memorias intransmisibles, de rostros y contornos ajenos que en vano querríamos atrapar, como lo hacía Rosas, escrutando sus ojos con desesperación: “Solitaria, perdida en Ixtepec, ignoraba mis voces, mis calles, mis árboles, mis gentes. En sus ojos oscuros se veían las huellas de ciudades y de torres lejanas y extrañas a nosotros” (RP74).

El silencio de Julia que se obstina en eludir las preguntas y respuestas se constituye como una modalidad de la experiencia del tiempo que funciona como refugio. Al amparo de sus fronteras puede rememorar los días anteriores, cuando residía en Colima o algún lugar ignoto y no era todavía la querida del general, así como la mujer más odiada y admirada en Ixtepec. Su pasado, más que acompañarla como lo hacen los objetos físicos, refigura su existencia. Como una membrana porosa, el fluido pretérito la atraviesa en su forma de andar, su dicción, su trato con las otras queridas, con la gente de Ixtepec, con el mismo Rosas y sus vanos intentos por poseerla:

Ninguna palabra, ningún gesto podían rescatarla de las calles y los días anteriores a él. [...] ¿Cómo abolir el pasado? Ese pasado fulgurante en el que Julia flotaba luminosa en habitaciones irregulares, camas confusas y ciudades sin nombre. Esa memoria no era la suya y era él, el que la sufría como un infierno permanente y desdibujado. (RP 75-76)

Perdida en el laberinto de sus evocaciones, añorando el tiempo ido, Julia es indiferente no sólo a los acontecimientos externos al Hotel Jardín como las represalias y persecuciones que

Rosas toma contra el pueblo por un desaire suyo, o a las noticias del movimiento revolucionario, sino inclusive a su propia suerte. Si hay un personaje “monádico”, encerrado en sí mismo, sin duda Julia lo es. Entonces el dejar ser nuestra temporalidad, el sumergirnos en su corriente ¿nos condena a una sustracción de lo colectivo, donde la primacía de lo “mío” impera, enajenándome de los otros? Antes de responder, parece necesario resaltar la condición de cautiverio en la que Julia se encuentra inmersa, las prohibiciones y estrecha vigilancia que Don Pepe Ocampo efectúa por órdenes de Rosas. Si se pierde en el pasado, es porque, de alguna manera, el presente se le antoja como indefinido e insostenible. Si será la prisionera de Rosas por un tiempo incalculable, la manera de sobrellevarlo parece ser recurrir al auxilio de la memoria. Su indolencia política pues, es más bien una posición voluntaria que extendió a todos los ámbitos de su vida y no consecuencia forzosa de la exploración interior. El mismo Martín, a quien solíamos ver ensoñado en las reuniones, no dudaba en criticar a su clase y señalar las complicidades que les hacían detestar a sus amigos a Rosas, olvidando a Rodolfo Goríbar y sus matones tabasqueños.

Más adelante, el narrador nos informa: “Era reservada y se presentó siempre como extranjera, sin dársenos, encerrada en su sonrisa, que fue cambiando según fue cambiando su suerte. Y los días siguieron cayendo iguales los unos a los otros” (RP125). Los horarios de comida, paseo y siestas no se alteran, el calor sigue inundando la plaza como siempre, solitaria a excepción del caminar del doctor Arrieta, mas en Julia (como en los demás personajes) ocurren una serie de cambios cualitativos, a penas entreverados en su manera de sonreír. Su tedio y desgana permanecen durante el concierto de la banda militar en la plaza, pero no es el mismo cuando llega Felipe Hurtado acompañado de los Moncada. Entonces se sabe tedio fingido, capaz de recubrir su deseo de quedarse para poder espiarlo. Cuando al fin Julia va a la casa de doña Matilde, su pasado se desprende de ella como de un velo:

Detrás de ella iban quedando sus fantasmas: se deshacía de sus memorias y sobre las piedras de la calle iban cayendo para siempre sus domingos de fiesta, los rincones iluminados de sus bailes, sus trajes vacíos, sus amantes inútiles, sus gestos, sus alhajas [...]. (RP 132)

Estas sombras ya no serán más la determinación de su vida, el solar en el que había que guarecerse para resistir un presente no querido, sino que traerán la sensación de haber recobrado su destino. El porvenir, entonces, se abrirá como una tierra insospechada, donde acaso se halla ese árbol de los frutos de oro que Julia busca desde niña.

Francisco Rosas

El tiempo se experimenta de muchos modos; uno de ellos es intentar sustraerse a lo que se ha sido, pretendiendo habitar en la simultaneidad, como Francisco Rosas. El rechazo porfiado a la vivencia libre de su duración, su repudio a la memoria, a la que consideraba una maldición, recordadora de su traición a las huestes de Villa para irse con las de Carranza, y de su soledad incurable que Julia no quería rozar, lo confinaban a un empobrecimiento del presente. A pesar de su arrogancia, se movía como una hoja en el viento, sin dirección, yendo sin acierto de la cantina al hotel y a la comandancia:

También el general, incapaz de dibujar sus días, vivía fuera del tiempo, sin pasado y sin futuro, y para olvidar su presente engañoso organizaba serenatas a Julia, su querida, y deambulaba en la noche seguido de sus asistentes y de la Banda Militar.
(*RP 13*)

Su vida anterior se había reducido a la noche larga, interminable y oscura en que cabalgaba a lo largo de la Sierra de Chihuahua para unirse a la Revolución, y que nada parecía decirle ya de lo que él era.

Como un estado va sufriendo modificaciones a lo largo del tiempo y tiñéndose de cualidades distintas, así también que lo que siente Francisco por Julia se va metamorfoseando como un organismo que crece, prospera y declina. A veces lo vemos embravecido si gana las partidas de los dados en la cantina de Pando, porque eso significa que Julia no lo quiere; celoso si se entera de que algún hombre le ha dirigido la palabra; furioso si ella devuelve alguna mirada; tímido y dócil cuando por las noches llega en caballo hasta su habitación para decirle “Julia ¿te vienes conmigo?” y después llevarla a Las Cañas; receloso cuando el eco de la frase “Vino por ella” le penetró sin saber cómo por los oídos; nervioso cuando la espera en el atrio mientras termina la misa; trémulo ante su deseo inexplicable de caminar por el pueblo una tarde; solitario cuando ella se iba a bañar y abandonaba el cuarto; desgraciado cuando entreveía, tras sus párpados, que sus palabras y caricias no se dirigían a él, sino a espectros anónimos; sonámbulo cuando ella se fue y lo constriñó a vagar borracho por las calles del pueblo, estrellándose contra sus muros. Lo anterior ilustra la realidad del cambio insistida por Bergson: “La verdad es que se cambia sin cesar, y que el estado mismo es ya cambio. Es decir, que no hay diferencia esencial entre pasar de un estado a otro y persistir en el mismo estado” (*MV 8*).

Francisco encarna el deseo de una conciencia que quiere adueñarse de otra, de un tiempo que quiere encerrar a otro, no sólo intuyendo su duración, sino diseccionándola como un cirujano para apoderarse de cada pliegue de sus órganos, tejidos y nervios: “Era ése su dolor irremediable: no poder ver lo que vivía adentro de ella.” (RP77). Tras la desaparición de Julia, el orden del tiempo también se trastoca para Francisco. Si antes él, por la fuerza, había instaurado el suyo como el definitivo, al que se tenían que amoldar los demás, incluyendo sus subordinados que lo acompañaban en la madrugada si es que a esa hora se le ocurría dar su paseo con la amante, ahora sufre un revés provocado por un devenir insospechado, por una postergación que lo terminó por alcanzar:

Él lo sabía: le escamoteaban los días, le cambiaban el orden a las fechas, las semanas pasaban sin que le enseñaran un domingo. Perdía su vida buscando las huellas de Julia y las calles se descomponían en minúsculos puntos luminosos que borraban el paso dejado por ella en las aceras. Un orden extraño se había apoderado de ese pueblo maldito. (RP 177-178)

Tras este quiebre, Francisco, como otros, se dirigirá a su pasado como lo único real, aunque su fragilidad sea como la del humo, siempre pronto a disiparse. Su error consiste en rehusarse a advertir el paso del tiempo. Ya no es el mismo, pero pretende serlo si conserva su imagen de crueldad ostentada antaño en un pueblo que se resiste a su voluntad, ora desapareciendo a los muertos, ora esperándolo con insistencia en su cama con un vestido rojo. Él, impotente para hacer confesar a las señoras y para alejar a Isabel de su habitación, se obstina en aparentar una autoridad inquebrantable contra sus enemigos:

En su tiempo inmóvil los árboles no cambiaban de hojas, las estrellas estaban fijas, los verbos ir o venir eran el mismo, Francisco Rosas detenía la corriente amorosa que hace y deshace las palabras y los hechos y nos guardaba en su infierno circular. Los Moncada habían querido huir para hallar el ir y venir de las estrellas y de las mareas, el tiempo luminoso que gira alrededor del sol, el espacio donde las distancias están al alcance de la mano; habían querido escapar al día único y sangriento de Ixtepec, pero Rosas abolió la puerta que nos lleva a la memoria del espacio y rencoroso los culpó de las sombras inmóviles que él había acumulado sobre nosotros. El general sólo sabía de la existencia de unas calles, y a fuerza de creer en ellas se le volvían irreales y sólo las tocaba persiguiendo a las sombras que hallaba en sus esquinas. Su mundo fijo nos los cobraba en crímenes. (RP 254-255)

Más tarde sentirá que no puede seguir durmiendo con Isabel y, al mismo tiempo, condenar a su hermano, pero estará tan encandilado en la inercia de una carrera que la fingirá hasta el final, hasta mandar a matar a Nicolás, pese a su deseo contrario. Se aguantará unas irreprimibles ganas de llorar para no provocar la compasión de nadie y, finalmente, se perderá en sus borracheras, donde ya no buscará a nadie, ni esperará nada.

Nicolás Moncada

A Nicolás también lo percibimos cuando era niño y el tiempo se bordaba con la previsión, mas no por ello determinación. Indisolublemente ligado a Isabel, creía que ambos estarían siempre juntos; por eso le molestaba tanto los planes de sus padres por casarla: “Y él sabía que tenían que ser los dos: huirían de Ixtepec; los esperaban los caminos con su aureola de polvo reluciente, el campo tendido para ganar la batalla... ¿Cuál? Los dos debían descubrirla para que no se les fuera por alguna grieta” (RP 16). La palabra clave es *cuál* porque si bien la conciencia proyecta, planea, concibe figuras, sólo el acontecer les da forma y grosor.

Gracias a este personaje notamos que la distancia espacial no se corresponde con la lejanía temporal, sino que sus brechas se sienten distintas. “Tetela estaba en la sierra a sólo cuatro horas de caballo de Ixtepec y sin embargo la distancia en el tiempo era enorme. Tetela pertenecía al pasado, estaba abandonada” (RP 24). Si en una encontramos huecos, segmentos medibles, en la otra abundan surcos, hendiduras profundas que penetran la tierra. Sus viajes de Ixtepec a Tetela y viceversa se vuelven incalculables, en esas cuatro horas el escenario de su memoria se remonta al recuerdo de su hermana y los días dichosos a su lado, cuando limpiaban el jardín de Dorotea y la vieja les contaba cuentos. Al igual que sucede con Isabel, el teatro viene a sacudir su entumecimiento quejumbroso, ceñido por la posibilidad punzante de que un día regresara a su casa y le dieran la noticia de que su hermana se había casado.

En la segunda parte Nicolás aparece poco. Hasta que se descubre el plan de la fiesta sabemos que era el encargado, junto con Juan, de sacar al padre y al sacristán de Ixtepec. Cuando es encarcelado, su estancia se obsesiona y circunscribe a una sola idea: Isabel se fue con Rosas. No acepta la comida ni la ropa limpia que el general les manda, ni tampoco se atreve a llorar la muerte de su hermano frente a los militares. Por las noches, insomne, recuerda con pesar sus planes infantiles de abandonar el pueblo y después traerle aire nuevo, que arrasara con el de putrefacción. Sin entender demasiado cómo llegaron a esa situación él e Isabel si se habían dibujado otra realidad, más vasta, se desconoce a sí mismo. La interrupción de la continuidad

parece haberlo disociado, aunque lo que ocurre más bien es que se piensa en términos de fijeza y constancia:

Su ira se convirtió en cansancio y su vida se redujo a un solo día viejo y harapiento. La traición de su hermana lo lanzaba a ese día de escombros y dentro de sus ruinas tenía que actuar como si viviera en los días enteros de sus jueces [...] “Si pasa algo malo” ... Oyó la frase impregnada de olores y de sensaciones de un pasado remoto. Su pasado no era ya su pasado, el Nicolás que hablaba así era un personaje desprendido del Nicolás que lo recordaba desde la celda de la cárcel. No había continuidad entre los dos; el otro tenía una vida propia distinta de la suya; se había quedado en un espacio separado del espacio del Nicolás que lo recordaba con la precisión inapreciable de los sueños. (RP257-259)

Rota la esperanza de acabar con la maldición que Rosas había traído al pueblo, Nicolás se siente suspendido en un túnel en el que se desvanecen los contornos de su casa, de las tardes con Isabel, del mismo pueblo, que nunca tuvo historia. Ya no es sino un encarcelado al que el futuro le depara su fusilamiento.

Recuento de personajes

En resumen, podemos advertir que cada personaje se distingue por su forma peculiar de relacionarse con el tiempo, ya sea para negarlo o reconciliarse con él. Ixtepec, marcado por la desigualdad, se debate entre parámetros inusuales. Tan pronto se repliega y encierra su tiempo como se abre y lo deja fluir. Martín Moncada se caracteriza por la dilatación de su memoria, por la libertad hallada cuando mora dentro de su tiempo, aunque sólo ocurra en momentos excepcionales, alejados de su vida práctica: “La irrupción de lo simbólico en *Los recuerdos del porvenir* está cifrada por la figura de autoridad masculina, el padre Martín Moncada, quien instaura un tiempo contrario a la cronología monótona del discurrir cotidiano” (Méndez 847).

En tono a las mujeres, principalmente Julia e Isabel, puede decirse que están fuera del tiempo histórico, aunque también aplica a otras queridas de los generales como Antonia:

La violencia ejercida sobre ellas va a provocar que estas mujeres vivan ausentes en el tiempo y en el espacio. Fingen vivir, pero realmente su existencia oscila entre la fantasía y la realidad, entre el sueño y el ensueño, entre la vida y la muerte. (Umanzor, cit. por Sánchez 161)

Sergio Callau ha hecho notar que la enajenación de estos personajes se evidencia “en diversos grados de inadaptación a su tiempo histórico” (Callau 129). En general, no son críticas respecto a la violencia sexual y política que las subyuga. No obstante, esta enajenación consiste en el umbral de una doble memoria del tiempo. Aunque vigilada, en Julia la libertad viene dada por la incursión deliberada en su mundo mental, en su memoria líquida, inaccesible para los demás. En Isabel la memoria de la infancia la envuelve continuamente en una experiencia similar al sueño. Y como este fenómeno es privilegiado en cuanto permite sentir la duración (*MV 10*), ambas serán conscientes de la propia, pero, yéndose a un extremo, acabarán por desdeñar la vida práctica, no menos indispensable que la psicológica.

Si la conciencia implica memoria, Francisco Rosas encarna el rechazo de la duración. Adscrito por completo al tiempo abstracto, encargado de escribir la Historia, desdeñará la suya. Reducido a la simultaneidad, destazada su memoria, no hará sino presentir, con amargura, la completitud de la de Julia. Finalmente, Nicolás Moncada evidenciará un proceso que va de la creación de posibilidades de su destino a la fatalidad del mismo, debido al mismo recorrido que lo llevó de una apertura hacia el tiempo en su niñez hasta su clausura cuando fue apresado.

Capítulo III:

¿Tiempo histórico o duración pura? Otra aproximación a la historia

La Historia, como campo de conocimiento, ha sido tradicionalmente estudiada y enseñada a partir de la periodización del tiempo para reconstruir y, sobre todo, explicar el pasado. Antes de concentrarnos en su división, conviene precisar su propuesta: “no es el estudio de los personajes sobresalientes ni de los gobernantes, (...) [sino] de las comunidades o grupos humanos que han desarrollado diferentes culturas a lo largo del tiempo” (Sierra 12). El carácter del análisis histórico es general. No se centra en individuos, sino en colectividades o, en todo caso, recurrirá a aquellos cuando su acción repercuta en un conjunto más amplio. El interés por Miguel Hidalgo, por ejemplo, no se debe a su figura en cuanto tal, sino a que su pensamiento y acciones incidieron en la gestación de un levantamiento nacional armado. Trascendiendo al individuo, se intenta descubrir relaciones entre causas y consecuencias para acceder a una visión más global de la realidad, aunque para hacerlo previamente se recurra al análisis por separado de múltiples niveles estructurales, tales como el económico, político, cultural, social, etc.: “Por encima de los distintos enfoques, los hombres deben ser entendidos dentro del marco de sus sociedades y nunca como entes individuales” (Garma 5).

La Historia no sólo supone el tiempo como condición de posibilidad para el devenir de los grupos humanos, sino que se sitúa en relación a sus tres modalidades: si se estudia el pasado es para comprender el presente y prever sus efectos futuros. Este despliegue se visualiza a partir de las modificaciones recíprocas entre el hombre y la naturaleza en el ámbito geográfico esto es, en el espacio físico. En otras palabras, todo recuento histórico se caracteriza por su ubicación espacio-temporal.

La razón principal por la que la Historia recurre a la división ordenada se debe a la capacidad de manejabilidad que dicha estrategia encierra, sobre todo considerando que se procura abarcar un espectro amplio, que va del inicio de la humanidad hasta nuestros días. Esta sistematización puede efectuarse de acuerdo con tres rubros: región o grupo humano, tema y orden cronológico (Sierra 17), aunque, de cualquier manera, este último se filtra en los otros. La historia de un grupo nacional, o del Derecho, por ejemplo, se orienta en torno a una sucesión temporal.

La periodización de la historia³ no es gratuita, sino que permite la sistematización del conocimiento. De otro modo, tendríamos una mera acumulación confusa de datos. Sin embargo, en cuanto hemos visto que este tiempo abstracto, propio de la ciencia, no es el único, sino que también está la duración, dada inmediatamente en la conciencia mientras no se recurra a una representación extensiva, proponemos que Elena Garro efectúa un abordaje histórico complementario al tradicional—sintetizado en el capítulo anterior—. Frente al transcurso histórico emerge el transcurso testimonial, frente al tiempo espacializado, la duración. Bergson, desde luego, no lo pensó en tales términos, pero, así como veíamos con anterioridad que la novela, partiendo de la misma intuición, desborda el concepto de duración hacia direcciones inesperadas donde la contradicción roe, así también se verá que, partiendo de tal concepto, puede llegarse a otra manera de contar la Historia.

Primera parte: Revolución Mexicana

Al estudiar la Revolución Mexicana podemos distinguir cuatro periodos cruciales: primera etapa (1910-1911) caracterizada, principalmente, por el maderismo; segunda etapa (1911-1913), donde se da la revolución zapatista y la orozquista; en la tercera etapa (1913-1917) ocurre la rebelión felicista y la Decena Trágica; y finalmente, la cuarta etapa (1914-1917), marcada por el huertismo (Martínez 104- 118). Pero, ¿qué sucedía en los lugares apartados de la capital? Ixtepec puede sugerirnos una de las tantas respuestas.

Al inicio de la narración, Ixtepec se encuentra en la agonía del movimiento revolucionario, abandonado por un ejército que, tras la derrota, se fue. Sin embargo, la huella de su paso permanece en la memoria. Los hermanos Moncada, que en esos días eran encerrados por Félix en la carbonera, mientras escuchaban los disparos de los zapatistas al entrar a la región, no olvidaban la agitación y sacudimientos de entonces: “El clamor de la calle los llamaba. El estruendo lejano de la Revolución estaba tan cerca de ellos que bastaba abrir la puerta de su casa para entraren los días sobresaltados de unos años antes” (*RP* 17).

El narrador, obstinado en habitar una atmósfera pétreo, ve en la Revolución la confirmación de la inmovilidad externa:

El camino que cruzaba la sierra para llegar al mineral atravesaba “cuadrillas” de campesinos devorados por el hambre y las fiebres malignas. Casi todos ellos se habían

³Por ejemplo, tomando como criterio la invención de la escritura, distingue entre Prehistoria e Historia y, dentro de esas categorías básicas, el periodo Paleolítico, Mesolítico y Neolítico por un lado y, por el otro, Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea.

unido a la rebelión zapatista y después de unos breves años de lucha habían vuelto diezmados e igualmente pobres a ocupar su lugar en el pasado. (RP24)

Para Ana Moncada, en cambio, significó un estallido que abrió las puertas del tiempo en el Norte (RP34). Siendo una niña, el movimiento compareció ante ella con un tono entusiasta. Día y noche su casa con puertas de caoba se inundaba de voces, la agitación en la cocina se esparcía por todo el interior, y sus hermanos mayores iban y venían con sus grandes botas. Luego regresaban con otros oficiales mientras los soldados cantaban *La Adelita*. Más tarde descubrió la atrocidad de la guerra. Uno a uno, los hermanos se fueron muriendo. El tiempo se clausuró y no volvió a escuchar cantar *La Adelita*. Para su esposo, Martín, el movimiento revolucionario se le aparece como una larga expiación que deben sobrellevar tras el asesinato de Madero, que desencadenó una guerra civil cruenta. Francisco Rosas y Rodolfo Goríbar no son, pues, accidentes, sino merecimientos. Tomás Segovia parece envidiar el destino de los generales como Rosas que, a semejanza de los romanos, no sienten piedad ni compasión por los vencidos, que son los indios (RP 68). Elvira Montúfar ve a Julia como la causante de todos los males que aquejan a Ixtepec, y la única que siempre saldría ganando en las partidas, mientras agraristas, como Ignacio, eran ahorcados. Para Dorotea significó la quemazón de su casa por los zapatistas y, desde entonces, también los frijoles. Un poco como Martín, no ve en Rosas una mera arbitrariedad, sino la contrapartida por su nula solidaridad con los zapatistas. Para Ignacio, una lucha inacabable. No importa que se diga que la Revolución acabo, pues aún había cuentas pendientes, como el reparto agrario.

A partir del desplazamiento de la interpretación oficial por otra perspectiva que va desde los enjuiciamientos ingenuos hasta la identificación con el movimiento, Garro evidencia la desarticulación de la “pretendida nación”, cuyo ideal, para permanecer, busca la igualdad, identidad, uniformidad de perspectivas y olvido de otras memorias:

La elección de este protagonista colectivo tiene la ventaja de la voz viva de todos los elementos marginalizados de México –la vieja aristocracia, el campesinado (y los antiguos partidarios del asesinado líder revolucionario Emiliano Zapata), los indígenas y las mujeres; en suma, todos aquellos dejados atrás por la modernización y la nueva nación. (Franco, cit. por Sánchez 156)

Segunda parte: Guerra Cristera

Consultando un libro básico de historia de México, encontramos en el apartado “Gobierno de Plutarco Elías Calles” una mención expresa del movimiento cristero:

El conflicto interno más grave que enfrentó el Estado mexicano se presentó a partir de 1926, con el alzamiento de los denominados Cristeros. Ante la política anticlerical de Calles [...], estallaron levantamientos armados en poblaciones rurales de Zacatecas y Jalisco; en enero de 1927, el movimiento creció y se convirtió en claro desafío al gobierno de Calles. (Martínez 143)

A continuación, se menciona la participación incierta del episcopado mexicano, el rápido incremento de miembros que el movimiento alcanzó (50,000), las tácticas de combate emprendidas por el gobierno (ejército, batallones de agraristas) así como el acuerdo, en 1929, entre los representantes del Estado y de la Iglesia a través de la mediación del embajador norteamericano y el Vaticano para suspender las leyes y reanudar el culto. En medio de esta información, destaca la interpretación que, según el autor del libro, han dado algunos historiadores de la rebelión, entendida “como un movimiento de resistencia rural contra la intervención de las políticas del Estado en la vida comunitaria” (144). Si la cita llama la atención es porque, como se verá, justamente ello se ilustra en *Los recuerdos del porvenir*, aunque, hasta aquí, lo único que se nota es una abstracción de las particularidades. ¿Qué implica la frase “movimiento de resistencia rural”? Sin duda, que el pueblo tuvo un papel activo de oposición, que él mismo se organizó para la lucha mediante la planeación de estrategias, pero, aun así, ¿no sigue siendo una generalización hablar de “papel activo” y “organización”? La vida interior que anima tal movimiento social no se traduce en esos términos conceptuales, que le despojan su dinamismo creador. Por eso es que, pasado el tiempo, puede igualarse la resistencia en una población de Jalisco y otra en Michoacán, o Zacatecas.

Si, en cambio, consideramos el acontecimiento histórico como un ser viviente, a semejanza del estado psicológico, se resaltarán los progresos que lo fueron encaminando hacia tal o cual horizonte, en soslayo de la definición sólo factible después de su muerte. De igual forma, hasta que las personas mueren nos atrevemos a fijarlas en un epíteto, en un rasgo del carácter o palabra. Mientras vivían, siempre existía la posibilidad de que viraran, de que se decantaran por lo insospechado, por más que les atribuyéramos una continuidad sin fisuras. Bajo esta perspectiva, la Guerra Cristera no será solamente aquel periodo comprendido entre 1926 y 1929, sino, ante todo, la exaltación de cada pueblo en rebelarse frente a lo que parecían arbitrariedades injustas, el peculiar resentimiento contra el ejército que cerraba los templos o, por el contrario, el disgusto ante la necesidad de los fieles que se apretujaban en los atrios para gritar. La pregunta, pues, ya no será qué fue la Guerra Cristera, sino cómo se sintió, vivió y

apreció tal tiempo, aún más: cómo pervive o perdura la Guerra Cristera en nuestro tiempo, puesto que hay otra historia que se resiste a morir disecada por las periodizaciones de la Historia. A fin de cuentas, fueron hombres los que la hicieron y padecieron, hombres con duraciones distintas, pero objetivos más o menos comunes.

En *Los recuerdos del porvenir* observamos que la guerra significa algo distinto para cada personaje. Ana Moncada, al principio, cree que lo que Calles ordena es sólo “una falta de delicadeza” (RP 149), aunque cuando la política anticlerical cobra dimensiones más amplias, como el intento de asesinato del sacristán Roque y la persecución del padre Beltrán, no dudará en ser una de las principales organizadoras de la fiesta encubridora, que junto con Doña Carmen Arrieta y Elvira Montúfar iría a invitar al general en persona. Martín, por su parte, creía que el conflicto de intereses entre la Iglesia y el Gobierno era un ardid para trasladar la repartición de tierras a un segundo plano, una tumba del agrarismo.

Martín Moncada leyó la noticia en el periódico y se quedó cabizbajo. El pueblo hostigado por la miseria entraría en esa lucha. Mientras los campesinos y los curas de pueblo se preparaban a tener muertes atroces, el arzobispo jugaba a las cartas con las mujeres de los gobernantes ateos.

—¡Esto es muy triste! (RP150)

La persecución adquiere unos tintes únicos en la novela. A la llegada del ejército de Joaquín Amaro, quien iba a entrevistarse con Rosas para inspeccionar la zona, el grito ¡Viva Cristo Rey! se propaga por todo el pueblo, desafiando los castigos que el ojo tuerto de Amaro parecía augurar, los disparos y la asechanza de los soldados durante varias noches. El mismo grito unificador de los alzados no es el mismo pronunciado cada noche, pues conforme el tiempo pasa la inicial arrogancia por la llegada de Abacuc, el cristero que andaba por la sierra se convierte en impaciencia, y luego desilusión.

La fiesta, también estrategia única, realizable a partir de las especificidades del lugar, funciona como una operación de destemporalización en relación al tiempo obligado, que viene de arriba (Callau 131). La Guerra Cristera en Ixtepec se vive como el intento de sustracción a un proyecto nacional que ignora la heterogeneidad, las minorías.

Más que configurar una perspectiva feminista de la historia, considerando el papel acríptico de las estructuras masculinas de poder en sus dos protagonistas, Julia e Isabel, coincidimos con

Ignacio Sánchez que la novela proporciona “una suerte de perspectiva ‘doméstica’” (Sánchez 157). El adjetivo sin duda puede remitirnos de nuevo a una posición feminista, pero lo que se busca resaltar es el ámbito privado sobre el que se edifica. Frente a la historia inscrita de mano de los hombres, como Rosas que impone no sólo su voluntad en Ixtepec, sino el orden del tiempo, una “narrativa contrahegemónica” la corroe desde dentro, no ignorándola, lo cual resultaría ingenuo, sino mostrando sus contradicciones internas, tales como el hecho de que porfiristas católicos y revolucionarios ateos se unieran en el despojo de las tierras y después, cuando el mandato de Calles, se enfrentaran, y el viejo régimen se apoyara en las poblaciones rurales para ejercer presión sobre el gobierno.

Del lado de la heterogeneización, el mecanismo empleado será la llamada “microhistoria” como aquellos recuentos que, por su escaso alcance, no logran entrar en el discurso totalizador histórico y son borrados en calidad de fantasmas, aunque, no por ello se sustraigan del impacto de los procesos de esa Historia. Para algunos autores como Ignacio Sánchez, el mecanismo del romance es la polilla que, en *Los recuerdos del porvenir*, carcome ese roble discursivo: “La inscripción al romance es, en realidad, la generación del espacio desde el cual su memoria puede ser recuperada como alternativa legítima por la narración de la historia” (Sánchez 162). En donde antes se encontraba simplemente una llanura, las experiencias de los habitantes muestran las grietas que, desde el fondo, la merman: “la memoria colectiva de Ixtepec articula el recuerdo de un conjunto de subjetividades nunca sintetizadas en una narrativa nacional unívoca” (Sánchez 157).

Partiendo de este enfoque, ¿la “objetividad” de la ciencia histórica desaparecerá? No, simplemente se le dará su justo lugar y alcance. Al lado de una interpretación rigurosa que en su intento totalizador no llega a agotar la realidad, se abre otra: “La imaginación, especulación e intuición ayudan con frecuencia a emprender caminos no explorados antes, o a cuestionar otros ya aceptados; y su análisis riguroso enriquece el pensamiento científico” (Garma 3). Frente a leyes históricas, más bien habrá tendencias. No se tratará de equiparar el hecho histórico, “elemento primordial del quehacer de la historia” (Garma 3), a los estados de conciencia, o de reemplazar uno por el otro, sino de considerar ambos a la hora de comprender el acontecer histórico en una especie de hibridación fecunda.

Conclusión

Con frecuencia se ha señalado, a propósito del tiempo, la relación entre el pensamiento de Henri Bergson y la obra literaria del también francés Marcel Proust. En ese sentido, la tentación de no recurrir a esa conexión fue grande. Sin embargo, el problema del tiempo, como problema filosófico, trasciende la localización en un país o época determinada. Su fuente, pues, es susceptible de ser abrevada por cualquier hombre que, en tanto sujeto temporal, necesita preguntarse por él. Así, creemos, se justifica el diálogo entre dos autores que, a simple vista, pueden parecer disímiles por partir de diferentes latitudes, idiomas, épocas y lugares de origen: Henri Bergson y Elena Garro.

La intuición de ambos pensadores, ya sea que la expongan en un libro filosófico como el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* o en una novela como *Los recuerdos del porvenir* es la misma: la duración como fenómeno propiamente humano. Ambos parecen concordar con que el tiempo pasa, en efecto, pero no pasa igual para todos, como es cierto que amanece, mas no todos aprecian el mismo amanecer. Afirmando en un caso y presintiendo en el otro el reduccionismo con el que pretende reducir la ciencia al hombre en ese aspecto, muestran que nuestro deambular por el mundo no marcha paralelo al de los astros, cuyo seguimiento de leyes físicas es constante, sino que se trata de otro, donde más bien encontramos progresos y tendencias. De ninguna manera se pretende negar las ventajas y manejabilidad que la noción de tiempo tiene en las ciencias naturales, sino advertir, como bien lo explica Vanessa Huerta, que no porque sea la concepción más difundida o empleada en la vida cotidiana significa que posee más sentido para nosotros (Huerta-Donado 4). Justo ésta es la razón sobre la que descansa la resistencia ofrecida a una abstracción: no aporta sentido, existencialmente hablando. Nos permite explicar muchos fenómenos, es cierto, pero a costa de sacrificar la singularidad que cada uno encierra. Si, por el contrario, asumimos la duración como el modo de ser propio de nuestra conciencia, seguramente no obtendremos los resultados prácticos de una investigación cuantitativa, mas sí la comprensión fundamental de nuestra relación con el horizonte de la finitud y su incidencia en el proyecto original que cada uno es.

Bergson alguna vez explicó que, en los problemas filosóficos, la importancia de la respuesta no radica en decir “sí” o “no”, de manera tajante, sino en contestar “en qué medida” (Bergson, cit. por Barlow 70). También este trabajo apostó por una interpretación posible de la cuestión del tiempo, no absoluta ni definitiva. A través de la exploración de los personajes de la novela

y la voz narrativa de Ixtepec, se evidenció la ejemplificación literaria del carácter único con que se experimenta el transcurrir humano. Así, se hallaron gestos expresamente bergsonianos, como el de Félix al detener el reloj por las noches, mientras que otras descripciones desafiaron el concepto mismo de duración al permitir el detenimiento del tiempo, como si de una cosa manipulable se tratara, o habitar dos planos. En todo caso, estos ejemplos permitieron evidenciar el movimiento dialéctico en el que nosotros también nos movemos por la existencia: sujetos, por un lado, al tiempo espacializado como fuente reguladora de nuestros horarios de comida, trabajo, descanso, recreación, etc., que no reconoce diferencias tanto de nuestra constitución como de nuestra historia, la corriente sinuosa de la vida psicológica nos atrae peligrosamente por el otro, bajo el riesgo de ensimismarnos en la propia contemplación —como sucedió con Julia—. La propuesta no es decantarse por este último, lo cual sería imposible si consideramos que nuestra supervivencia requiere una constante relación con el mundo exterior de la materia, sino permitir el florecimiento del interior, como si de una selva en ebullición se tratara, y que encontrará sus propios límites naturales en la orilla del mar, en lugar de ponérselos nosotros con varas de hierro.

Por último, debe resaltarse como una aportación de Garro la inclusión de ambos tiempos en el relato de acontecimientos históricos, como otra forma de contar la historia. Sin derrumbar de un solo golpe la periodización tradicional o el discurso oficial que, en tanto generalizador muchas veces excede su abstracción o uniformidad, Garro lo socavará internamente a partir de su articulación confrontadora con los micro-tiempos de los habitantes que, a fin de cuentas, son los participantes y afectados de tales hechos.

Referencias

- Barlow, Michel. *El pensamiento de Bergson*. México: FCE, 1980
- Bergson, Henry. *Introducción a la metafísica y la intuición filosófica(IM)*. Buenos Aires: Leviatán, 1956.
- . *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia(EDI)*. Trad. Juan Miguel Palacios. Salamanca: Sígueme, 1999
- Callau, Sergio. «La doble memoria de la loca: una reflexión sobre el tiempo en *Los recuerdos del porvenir* y *Pedro Páramo*». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 54 (2001): 129-147.
- Camus, Albert. *El extranjero*. Brasil: TopEmece, 1998
- Deleuze, Gilles. *Henri Bergson: Memoria y vida. Textos escogidos(MV)*. Madrid: Alianza, 1977.
- Garma, María Eugenia. *Historia de México*. México: BookMart, 2007.
- Garro, Elena. *Los recuerdos del porvenir (RP)*. México: Joaquín Mortiz, 2010.
- Gutiérrez de Velasco, Luz Elena. «Elena Garro, maga de la palabra.» *Elena Garro: Reflexiones en torno a su obra (A)*. México: INBA, 1992. 23-26.
- . «Reseña de "La memoria del tiempo. La experiencia del tiempo y del espacio en "Los recuerdos del porvenir" de Elena Garro" de Margarita León.» *Nueva Revista de Filología Hispánica (B) LIV.1* (2006): 261-265.
- Huerta-Donado, Vanesa. «Reflexiones en torno a la naturaleza del tiempo.» *Elementos* 90 (2013):3-7.
- León Vega, Margarita. «La experiencia del tiempo y del espacio en la novelística de Elena Garro.» *Actas Irvine-92 [Actas de XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas]*. Ed. Juan Villegas. California, 1994. 205-211.
- Martínez, Benito. *Historia de México II*. México: BookMart, 2011
- Paz Valderrábano, Lorena. «Aproximación sociocrítica a la narrativa de Elena Garro.» *Elena Garro: Reflexiones en torno a su obra*. México: INBA, 1992. 63-68.

- Prado, Gloria. «En el escenario del tiempo transmutado: la narrativa de Elena Garro.» *Elena Garro: Reflexiones en torno a su obra*. México: INBA, 1992. 49-54.
- Rodenas, Adriana Méndez. «Tiempo femenino, tiempo ficticio: *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro.» *Revista iberoamericana*, 132-33 (1985): 843-851.
- Sánchez Prado, Ignacio. "La destrucción de la escritura viril y el ingreso de la mujer al discurso literario: *El libro vacío* y *Los recuerdos del porvenir*". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 63/64 (2006):149-167.
- Seydel, Ute. «Reseña de "La memoria del tiempo"» (2004): 210-214.
- Sierra, Claudia. «Introducción. La ciencia de la historia.» *Historia I*. México: Esfinge, 2008. 11-21.